

La Esfera

Año X *Núm. 508*

Precio: Una peseta



NEO
OTICA
ID

CÁMARA-FIS

"HELIOS" SECCIONES TÉCNICAS **"FAMA"**

"PUBLICITAS"

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS
PUBLICIDAD

Para todos los ramos—Por todos los medios—En todos los países

MADRID

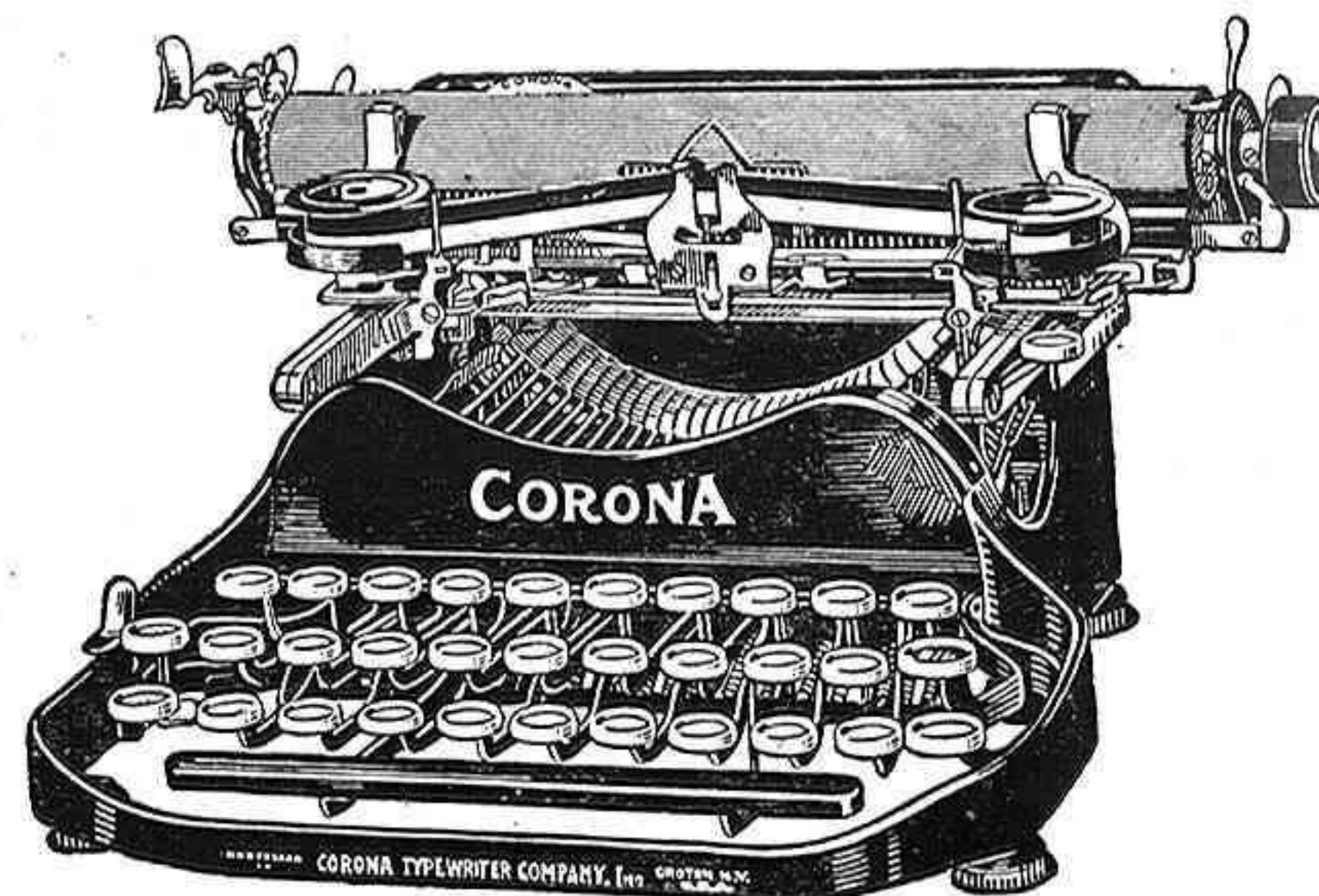
Conde Peñalver, 13, entl.º
Apartado 911—Teléf. 61-46 M.

Estudio "HELIOS"

BARCELONA

Ronda San Pedro, 11, pral.
Apartado 228—Teléf. 14-79 A.

Estudio "FAMA"



MUY INTERESANTE
NUEVO MODELO
de máquina de escribir

CORONA

Carro más grande, cambio de cinta automático,
doble conmutación.
Teclado universal.

Al contado:

550 pesetas

incluyendo accesorios, garantía, etc.

AGENTES EN TODA ESPAÑA:

GASTONORGE, C. A.—Sevilla, 16.—MADRID

**Dinero es
lo que dinero vale**

El dinero

empleado en alhajas es la mejor inversión que de él se puede hacer. La moneda oscila; el oro y las piedras preciosas siempre tienen su valor. Emplee usted su dinero en alhajas, pero en buenas alhajas. Ya nadie duda de que para comprar buenas alhajas es único

TRUST JOYERO

Sus alhajas son un valor tan seguro como un depósito en un Banco, y constituyen, además, un adorno personal, signo de distinción

Visite usted las exposiciones de nuestra Central ó de nuestras Sucursales y se convencerá



TRUST JOYERO
Internacional.

Casa Central: **MADRID**
Puerta del Sol, 11 y 12.

SEVILLA: O'Donnell, 4.
BILBAO: Gran Vía, 8.
SAN SEBASTIÁN: Alameda, 15.

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna
Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados



2.200 habitaciones, cada una con cuarto de baño.

Seis razones para escoger el Hotel PENNSYLVANIA para su residencia en Nueva York

HALLARÁ Ud. que es más cómodo, más tranquilo y más agradable el residir en el Hotel Pennsylvania cuando vaya a Nueva York, por muchas razones. Las más importantes son:

Es el más grande y más completo hotel del mundo, ofreciendo una maravillosa variedad de acomodamiento y la certeza de satisfacer su gusto personal.

Está convenientemente situado, con los más hermosos almacenes de Nueva York a su lado, los teatros principales inmediatos hacia el Norte, y teniendo acceso rápido a los distritos comerciales.

Es una dirección aprobada de Nueva York.

El servicio que ofrece a sus visitantes es extraordinariamente previsor, obsequioso y cortés.

Brinda especial cuidado y atención a los viajeros procedentes de Europa.

Sus precios son moderados.

Por estas razones, y por las muchas otras atracciones que ofrece, haga que el Hotel Pennsylvania sea su residencia cuando vaya a Nueva York.

Hotel PENNSYLVANIA

NUEVA YORK

El Hotel más grande del Mundo.



Statler Hotel-BUFFALO
1.100 habitaciones, cada una con cuarto de baño.



Statler Hotel-CLEVELAND
1.000 habitaciones, cada una con cuarto de baño.



Statler Hotel-DETROIT
1.000 habitaciones, cada una con cuarto de baño.



Statler Hotel-ST. LOUIS
650 habitaciones, cada una con cuarto de baño.

MEDIO DE RESERVAR HABITACIÓN

Puede obtenerse información completa, así como prospectos descriptivos, dirigiéndose a Hotels Statler Bureau, 233, High Holborn, London, W. C. 1., cuya oficina se ocupa también de reservar habitaciones. Pueden también ser reservadas habitaciones por intermedio de las oficinas de Sres. Thos. Cook & Son, ó por medio de cablegrama ó carta dirigidos al Hotel Pennsylvania. Si no ha escrito ó cableografiado Ud. antes, podrá Ud. reservar habitaciones por despacho transmitido desde su transatlántico por medio de la telegrafía sin hilos. Si se requieren habitaciones a partir de la llegada del vapor, no habrá necesidad de indicar el día exacto de su arribo, puesto que sólo tendrán que ser pagadas á contar desde su ocupación.

OBRA DEL DIA

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA.
Tomo XLIX.—Barcelona: Hijos de J. Espasa, editores, calle de las Cortes, 579 y 581.

Otro tomo acaba de llegarnos, el XLIX, de la sin igual *Enciclopedia Espasa*, que hallándose aún en curso de publicación, ha alcanzado ya la más brillante ejecutoria á que pudiera aspirar. Es tan unánime el coro de alabanzas que saluda la aparición de cada nuevo volumen y tal el incremento de la popularidad de la obra entre la crítica y el público ilustrado español y americano, que con ser gigantesco el esfuerzo que supone en los editores la publicación de una obra de tan magnas proporciones, creemos pueden darse éstos por recompensados con el merecido puesto de honor que como editores y como patriotas han alcanzado con ella.

Difícil es hacer el examen bibliográfico de un volumen en que todo es notable y merecedor de especial mención. Hay en sus numerosas páginas de lectura cómoda y atractiva una infinidad de artículos que por su extensión é importancia requerirían cada uno de ellos para su adecuado estudio doble espacio del que aquí podemos disponer.

Nos limitaremos, pues, á citar varios de los artículos examinados, todos ellos meritisimos y á los que no podríamos oponer objeción alguna: *Radiación, Rafael, Ráfaga, Raiffeisenismo, Raíz, Ramón y Cajal, Ramsés, Rana, Rapto, Rasputin, Ratisbona, Ratti, Rayo, Reacción, Real, Recamier, Recreación, Rectificar, Red*, etc. No hay que decir figuran en este tomo, lo mismo que en los precedentes, buen número de riquísimas láminas en colores de soberbia ejecución, como tampoco es menester señalar que sigue siendo uno de los méritos principales de la *Enciclopedia Espasa* la reseña bibliográfica que acompaña cada artículo, siempre extensa y admirablemente escogida.

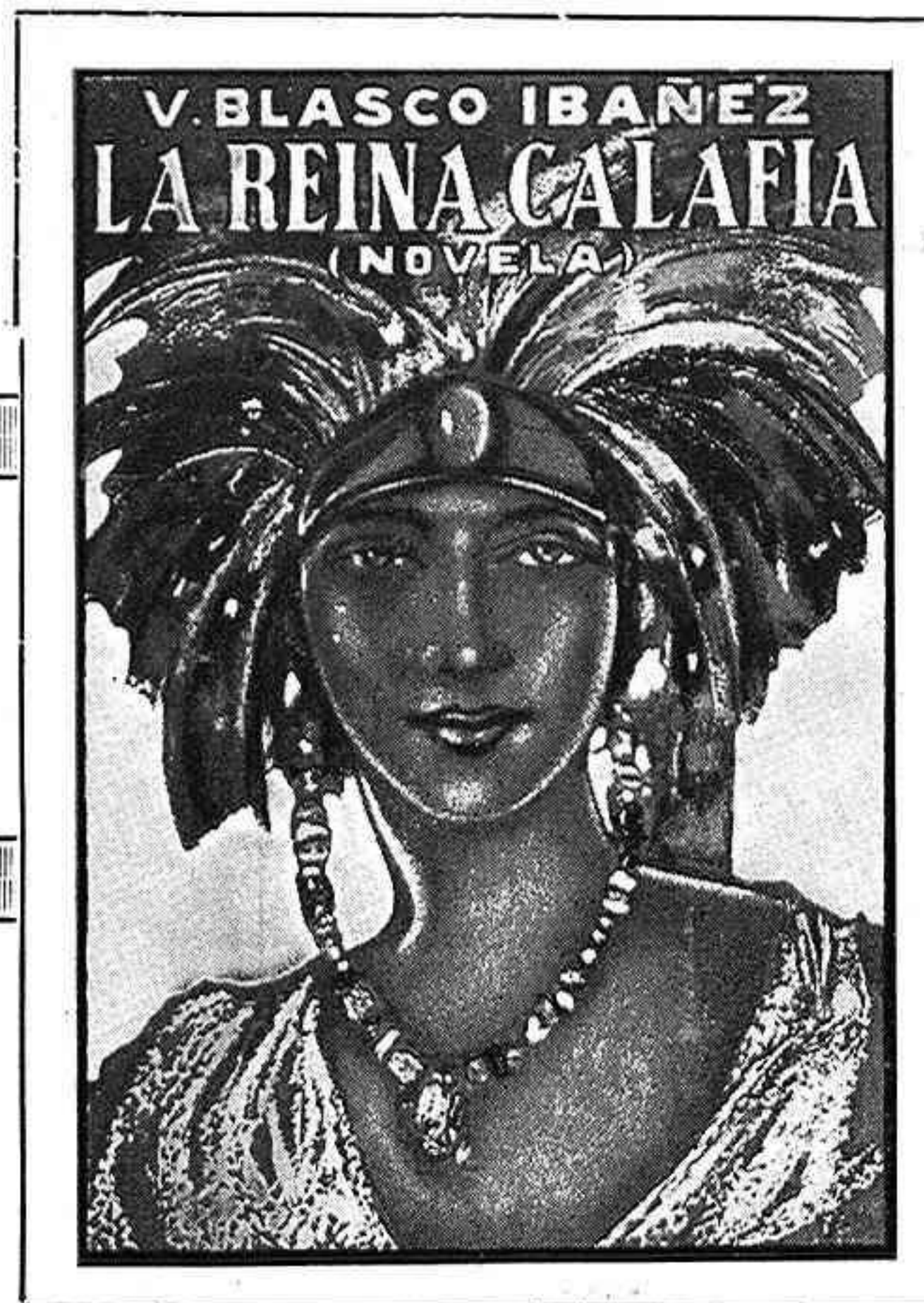
Nuestra sincera enhorabuena á los editores y á cuantos prestan su apoyo á esta obra, que constituye un monumento cultural y artístico llamado á reportar los más excelentes frutos en todos los países de habla española.

En la próxima semana aparecerá el número del mes de Octubre de

ELEGANCIAS

Suma y compendio de la novedad y la distinción

Tres pesetas ejemplar en toda España



La Reina Calafia

Es una novela de amor, interesante, conmovedora y al mismo tiempo una revelación de hazañas españolas, desconocidas hasta el presente.

En *La Reina Calafia* ha llegado Blasco Ibañez á la más completa y brillante expresión de sus facultades de novelista insigne, gloria de España y célebre en todo el mundo.

Primera tirada de la novela: 40.000 EJEMPLARES

CINCO PESETAS en todas las librerías

HOTEL PENNSYLVANIA, NUEVA YORK, E. U. A.

Dirección cablegráfica: «Pennhotel-Nueva York». Afiliado á los Hotels Statler—BUFFALO, CLEVELAND, DETROIT, ST. LOUIS.

HELOS

La salvación

El convaleciente ve su salvación en este Jarabe que vivifica su cuerpo reconstituyendo en poco tiempo todas las energías perdidas y el agotamiento producido por la enfermedad.

En los Sanatorios, Clínicas y Hospitales, reducen a la mitad de tiempo la convalecencia de heridos y enfermos y transforman de un modo maravilloso al paciente, haciéndole tomar el poderoso y conocido

Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

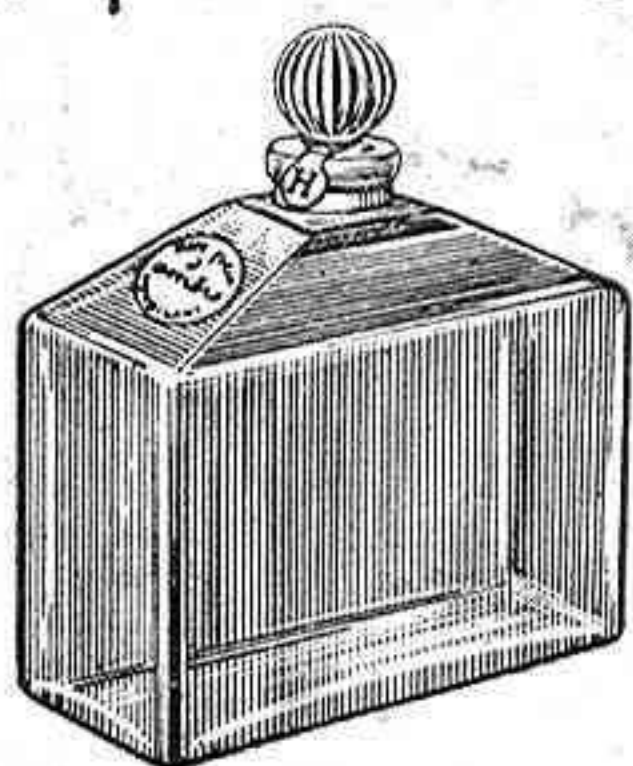
33 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

HOUBIGANT

Paris

un peu d'ambre



Perfume

Aqua de Tocador

Brillantina

Locion

Polvos

Talco

LOS GRANDES ÉXITOS

EDUARDO ZAMACOIS

UNA VIDA EXTRAORDINARIA

(NOVELA)

Hace años que en ningún país se ha producido un libro tan interesante, tan «novelesco», ni al mismo tiempo tan **revolucionario**.

:: Se trata de una «obra maestra» ::

Precio: **CINCO** pesetas

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

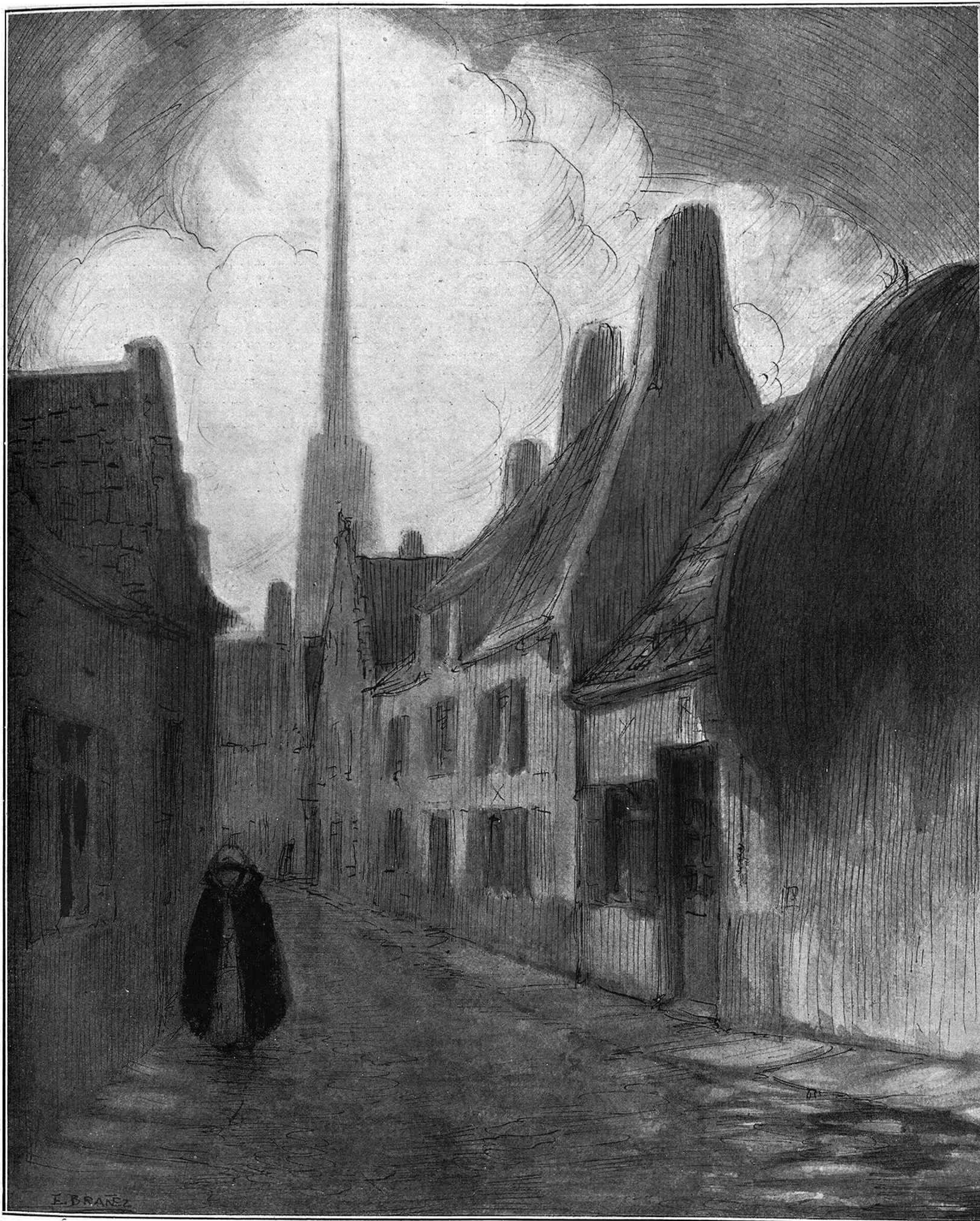
Lea usted todos los miércoles
MUNDO GRÁFICO

La Esfera

Año X.-Núm. 508 Madrid, 29 Septiembre 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Una de las calles más típicas de la histórica ciudad de Brujas (Bélgica) DIBUJO DE BRÁÑEZ

DE LA VIDA QUE PASA

LA GLORIA DEL SENDERO

NADA tan noble, tan consolador, en medio de las amarguras de una época téticamente descreída, como la lectura del *Journal*, que la Sociedad de las Naciones envía á los juriconsultos y pensadores de todo el planeta. Nada tan elevado como el espíritu que parece animar á los delegados que en ella representan á los pueblos civilizados de Europa y América. El lenguaje de todos es sincero; su desinterés se hace evidente por primera vez entre diplomáticos. La crítica histórica, que, después de reconocer los altísimos merecimientos de los hombres de Estado en las relaciones exteriores, aplica á Fernando Primero, á Maquiavelo, á Talleyrand, á Maeternich y á Bismarck el dictado de desleales, tendrá que reconocer en estos hombres modestos y sinceros, que se reúnen en Ginebra para asegurar la paz universal, una lealtad y una alteza de miras que en las Cancillerías se echó de menos siempre, como si la diplomacia fuera la ciencia del disimulo, de la insidia y de la infracción de todas las leyes divinas y humanas.

Sería, sin embargo, demasiada candidez caer nuevamente en los optimismos de Norman Angell. Los ideales, por el hecho de ser tales, son irrealizables en la vida. Son realmente para la vida, como quería el autor del *Ideal de la Humanidad*; pero nunca serán alcanzados por completo. Si ello fuera posible, dejarían de serlo, y los hombres, satisfechos, faltos de una luz que les sirviera de guía, caerían en una nueva especie de epicureísmo. No serían ya «cerdos satisfechos», pero sí «espíritus ahitos», incapaces de acción y de proponerse para su conducta una norma de virtud y verdad. Ha menester la inteligencia un estímulo, y este estímulo desaparecería si los hombres pudieran llegar á conocerlo todo; lo meritorio en ellos no es saber, sino querer saber. La bondad necesita de un aliciente que no existiría si todos los hombres fueran buenos y el ejercicio de la virtud se hiciera, con el hábito, medular, como el *doigté* de un pianista; el mundo requiere ideales de paz, de cultura, de riqueza, de equidad, que no serían tales ideales si todos los pueblos gozaran por siempre de la paz, de la cultura, de la opulencia y de la justicia absoluta. La estancia en un limbo no compensaría jamás la ausencia de la vida misma, que es lucha, que es ansiedad, que es avance y sed jamás satisfecha por entero, y deseo invencible y constante de alcanzar un grado superior en la evolución universal de los seres y de las cosas.

¿Quiere esto decir que debemos renunciar por siempre á los ideales de paz y de progreso? De ninguna manera; ni siquiera ello implica que tenga razón el profesor Simmel al afirmar que el Derecho ha sido romántico, y necesita ser meramente crítico y renunciar á sus aspiraciones espirituales. Como los polígonos, al multiplicar sus lados, se acercan á la circunferencia, los hombres, al multiplicar sus esfuerzos en pro del progreso, de la paz y de los ideales abstractos, se acercan á la Divinidad; pero locura sería suponer que puede la recta llegar á ser curva y el ser humano ascender á la categoría de Dios. La paz absoluta, como la verdad absoluta, no es su patrimonio. En cambio, tienen otro que no cambiarían sus elegidos por todas las bienaventuranzas del Empíreo: el esfuerzo. Más que ser feliz vale el esfuerzo por procurarlo; hartos más que saberlo todo, vale una lágrima de Fausto ante la inanidad de su ciencia, á la cual ha consagrado, no obstante, toda una vida de estudio penoso. Su error no consiste en haber trabajado, sino en considerar su trabajo estéril y en pretender volver á la juventud, para gozar de dichas y placeres muy inferiores á los que disfrutó entre sus mamotretos y sus matraces.

Es seguro que la paz universal seguirá siendo un sueño; que la verdad tropezará siempre, como demostró Spencer, con lo Incognoscible; que la justicia, aun consiguiendo ver dilatada su esfera de acción, no llegará jamás á su pleni-

tud esplendente y gloriosa. Pero ¿qué importa? La vida es corta. Es hora de repetir con los místicos que no es sino un tránsito, y que en ella no está el fin de las almas. ¡Qué tristeza la de ver acercarse la muerte, si la tierra fuera la mansión de los justos y el alcázar de todas las venturas! Los humanos se mirarían los unos á los otros con estupor. «Ya lo tenemos todo—se dirían—. Somos sabios, buenos y felices. Nuestro esfuerzo ya no tiene razón de ser. Hemos alcanzado todas las perfecciones y escalado todas las cumbres. Y ahora, ¿para qué trabajamos? Y ahora, ¿para qué nos morimos?»

No. Para que la vida valga la pena de ser vida, es absolutamente preciso que tenga un objeto, y ese objeto es la lucha por los ideales. Su realización lenta, pero nunca total, nos procura la satisfacción de saber que nuestras energías no son estériles en su aplicación, y nos deja la esperanza en lo desconocido inescrutable. Escuchad esta paradoja: sería doloroso tener que renunciar al dolor. El dolor enaltece; el dolor pule. La redención nada significaría, ni como verdad ni como símbolo, sin la columna de los azotes y sin la corona de espinas. Es preciso que haya un Calvario para que de sus sombras surja la Divinidad resurrecta. ¡Quitarnos el dolor! A tanto equivaldría despojarnos de lo que ha llenado la grandeza á la Humanidad é inflamado su historia con gloriosos nimbos. Es preciso que pueda haber guerras, para que podamos

combatirlas; que existan imperfecciones y maldades, para que procuren extirparlas los hombres de bien; es conveniente que siga habiendo errores, para que las inteligencias de los sabios ejerzan sus grandiosos apostolados, y también es bueno morir, para que la vida sea vida, es decir, renovación, resurrección, esfuerzo perpetuo y merecimiento perdurable.

¡Oh, pesimistas impenitentes! Dejados creer que nuestros ensueños pueden conquistar poco á poco el acercamiento á lo Eterno Sublime. ¡Oh, delirantes optimistas! No nos despojéis de los ideales, haciéndonos creer que no son más que las realidades futuras.

Necesitamos, al mirar atrás, convencernos de que hemos caminado y de que todavía caminaremos; pero necesitamos también estar seguros de que no agotaremos jamás las azuladas perspectivas y de que, por mucho que avancemos, nos sorprenderá bienhechora la muerte, murmurando esta verdad como una confortadora plegaria: «¡Hay algo más allá!»

Antonio Zozaya

CAMPESINAS



LOS BUEYES PASAN

Yo he visto pasar dos bueyes uncidos á una carreta, dos bueyes de oscuras astas, la piel de color de tierra.

Sol de tarde de verano, polvo y sed la carretera, ni un árbol en la llanura, ni un manantial en la estepa.

Iba el gañán, en lo alto subido de la carreta, cantando alegre una copla, que en la llanura desierta tenía el rumor sonoro de una fontana entre piedras.

«De nadie vivas esclavo, si quieres vivir sin penas, sé libre como es el ave, que allí á donde quiere vuela.»

Sonaba alegre la copla bajo la tarde serena...

Yo he visto pasar dos bueyes uncidos á una carreta, dos bueyes de oscuras astas, la piel de color de tierra.

Fernando López Martín

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Apología de la santidad

Como Lourdes, Lisieux, pequeña urbe normanda, tiene ya en la hermana Teresa, que acaba de ser beatificada en Roma, su santa milagrosa. La enumeración de los hechos prodigiosos que la adjudica la fe de sus paisanos, hechos que la Iglesia ha comprobado, la inviste, en cierto modo, de un poder sobrenatural que Dios otorga de tarde en tarde á sus creyentes más fervorosos. La monjita no se ha limitado á sanar enfermos y á corregir imperfecciones físicas. Durante la guerra, su influencia sobre los acontecimientos se hizo ostensible también en favor de los aliados, naturalmente, según se ha podido demostrar, lo cual reviste su santidad de cierta aureola patriótica que la ha dado gran prestigio en Francia. ¿Qué debemos pensar de la aparición de sor Teresa en la región de los milagros? El escepticismo plebeyo de ciertas gentes que se tienen por cultas porque han leído á Ernesto Haeckel y á David Strauss sonreirá de fijo al enterarse de que una jovencita enclaustrada ha suplido con su fe la parvedad de los recursos de la ciencia médica y ha coadyuvado, con sus oraciones, á los aciertos de la estrategia militar. Nosotros, menos incrédulos, no repugnamos el admitir esos éxitos de la monjita. ¿Por qué habíamos de negarlos? En primer lugar, ¿cuál es la frontera que separa lo natural de lo sobrenatural? ¿Quién la ha delimitado? A nuestro entender, lo sobrenatural de hoy es lo natural de mañana. Las posibilidades del espíritu son ilimitadas, y al concedernos Dios esa parcela divina nos abre deliberadamente el horizonte de lo milagroso. La monjita de Lisieux no ha hecho otra cosa que servir de su espíritu. Los hechos que se le atribuyen no contradicen ninguna ley biológica. Si supiésemos que había resucitado á un muerto, habría razón para asombrarse; pero, hasta ahora, no ha hecho más que sanar enfermos; esto es, restablecer la normalidad funcional de un cuerpo en plena perturbación patológica.

Que se nos demostrase que por su intervención Francia, sin el concurso de sus aliados, era capaz de avasallar á Alemania, y tendríamos un poderoso motivo de admiración; pero las peticiones de la hermana Teresa no han sido, durante la guerra, más que el apéndice religioso de las previsiones estratégicas del mariscal Foch y el complemento del heroísmo del pueblo francés, y consideradas así, se explica su notable eficacia. Mal nos conoce quien vea una insinuación irónica en esta honesta apreciación de las cosas, que, después de todo, no hacen más que confirmar la vieja máxima de «A Dios rogando y con el mazo dando». El cielo rara vez recompensa la fe, si no va acompañada del esfuerzo.

Las virtudes extáticas ó pasivas le interesan al Creador menos que las virtudes dinámicas. La aparición de Santiago en la batalla de Clavijo es, sin duda, un milagro; pero si nos fijamos en que las huestes castellanas estaban entonces en un momento apretado de la batalla contra la morisma, habrá que reconocer que al enviarnos Dios al apóstol era para secundar victoriosamente el esfuerzo de nuestros soldados. «No matéis el espíritu», viene á decir San Pablo á los hombres. Y nosotros añadimos: «Porque el espíritu es el único vehículo de nuestras relaciones con la Divinidad». En cuanto el hombre deja entumecer su espíritu, se confina humildemente, y con daño de su dignidad, en la zoología.

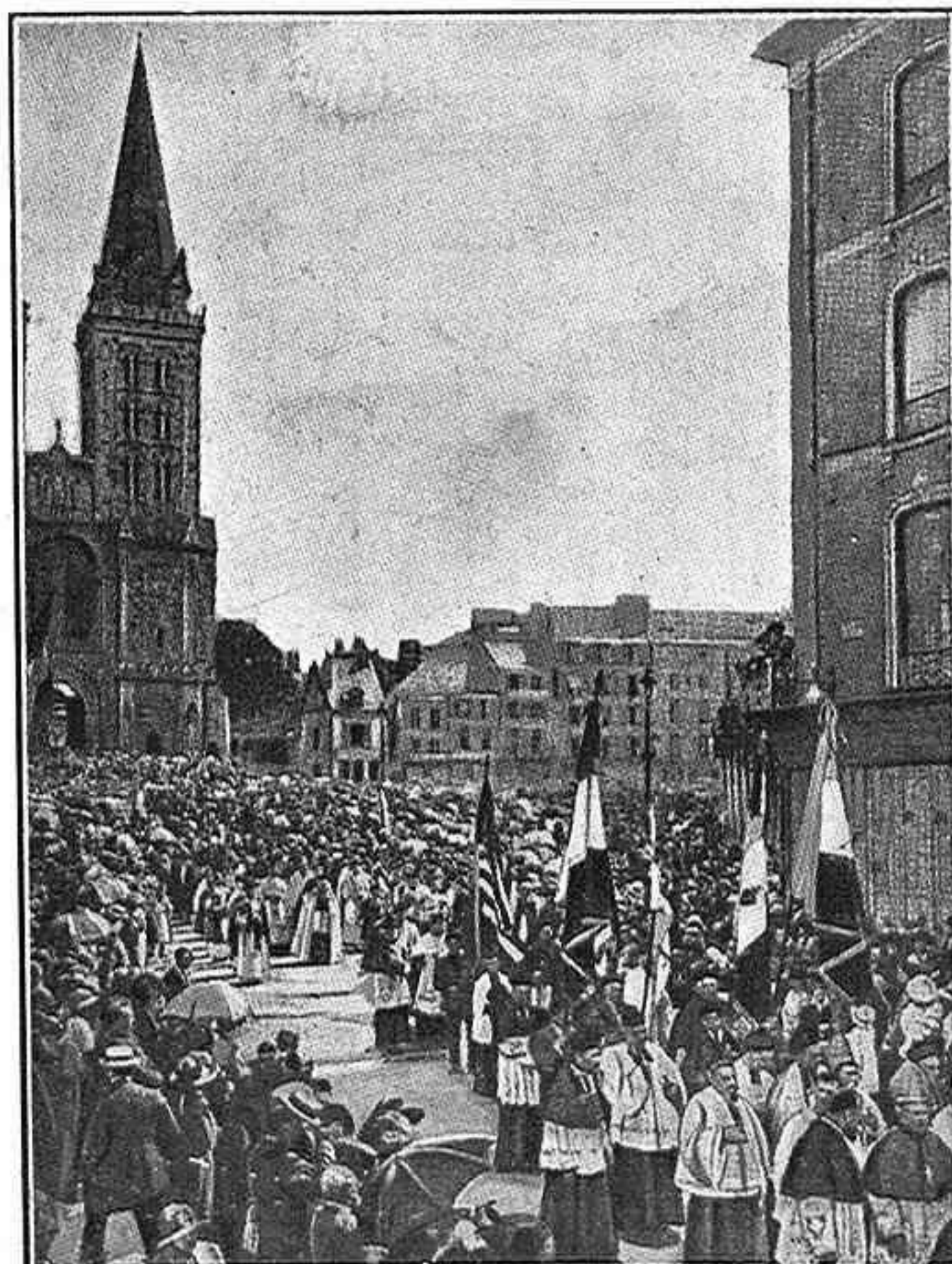
Si estamos enfermos de paludismo, conviene rezar por que el morbo del mal emigre de nuestra sangre, pero sin renunciar á la quinina, que Dios ha puesto también á nuestro alcance. Hay que simultanear, pues, el esfuerzo con la oración en todos los casos. Lo que el cielo no ve con buenos ojos es la pereza negativa, que lo espera todo del azar ó de la misericordia ajena.

Elevando un poco el tema inicial de estos comentarios, yo creo en la santidad de la hermana Teresa de Lisieux. La ciencia, que no es, en definitiva, más que la suma de verdades humanas reconocidas hasta el presente, no puede oponer ninguna traba seria á mi fe en la santidad sin declarar implícitamente que el cielo está vacío ó que los poderes de Dios son limita-



Santa Teresa

dos. ¿Y quién es el osado que se atreve á negar la existencia de Dios? Los más audaces incrédulos y los más engreídos con la superstición científica se abstienen de negar y de afirmar. Puede haber sabios como Cliford y Le Dantec que consideren dañoso para la dignidad de nuestra razón el admitir como base de creencia algo que no esté experimentalmente comprobado; pero la autoridad de esos dos sabios en materia filosófica es demasiado discutible para ser tomada en serio. No. Las alas de nuestro espíritu son de suyo bastante recias para remontarse hasta la Divinidad. Podemos luego vacilar en la elección de la vía que haya de conducirnos á la presencia de Dios, prefiriendo una religión á otra; pero, francamente, el pretender que el espíritu suspenda sus vuelos al infinito misterioso hasta que la ciencia lo haya explorado, me parece una ridiculez. Y si aceptamos á Dios, ¿vamos á limitarle su poder? Es probable, sin embargo, que la Divinidad lo haya dispuesto todo desde que se decidió á crear el Universo, sin dejar al hombre ninguna posibilidad de innovación á sus planes, en cuyo caso claro está que somos el instrumento ciego de la Fatalidad. Esa



La procesión saliendo de la Catedral

hipótesis, defendida con su habitual ingenio por Anatole France, procede de la filosofía estoica. El Emperador Marco Aurelio la expone con varonil sobriedad en sus pensamientos, y Spinoza la ha razonado. Pero nosotros nos resistimos á admitirla. Dios nos ha dado á todos el espíritu, como da la cantera el mármol al escultor, para que cada cual lo moldee y lo modele á su gusto. Luego cada uno de nosotros es dueño de hacer con el mármol la estatua inmortal ó la vasija vulgar. El hombre es, como decía Angel Ganivet, el escultor de su alma. El que comparezca en la Eternidad con la obra de arte perfecta será más grato á los ojos de Dios.

Lo que nos indigna es el que se atribuya la santidad á un trastorno funcional. El libro del Dr. Binet Sanglé, *La locura de Jesús*, nos parece, por su fragilidad científica y por su petulancia, indigno de un hombre de su prestigio. El ver en la admirable existencia del fundador del Cristianismo un caso de alienación mental, ó el atribuir su conducta á meros trastornos funcionales del sistema nervioso, nos parece una estupidez. No hubo vida más coherente, lógica y noble que la del Divino Maestro. Podrá el incrédulo, á veces con honda amargura en el corazón, resistirse á ver en El la reencarnación de Dios; pero el que venga ahora la pedantería médica, que á menudo es impotente para curar una jaqueca, á menoscabar un prestigio que es la luz de millones de inteligencias y el consuelo de infinitos seres doloridos, con unas cuantas conjeturas forjadas en la psiquiatría, es de tal necesidad que uno se pregunta, lleno de consternación, cómo un tal libro ha podido ser comentado en serio.

Ahora mismo, y ciñéndonos al caso de sor Teresa de Lisieux, no faltará quien la acuse de histórica. Eso mismo se ha dicho de la inmortal autora de *Las moradas*. Ese sistema de crítica, que alcanzó tanta boga cuando Max Nordau publicó su obra *Degeneración*, de la que ya nadie se acuerda, es inaplicable á la santidad. La virtud no puede ser reflejo de ningún desequilibrio. Despolarizar el espíritu de las ambiciones terrenales para orientarlo en la dirección de la divinidad no es degenerar, sino todo lo contrario: regenerarse. Esa monjita de Lisieux que no ha querido más que vivir y morir en Dios, no puede ser tenida por una histérica. Eso sin contar con que la psiquiatría moderna, con exclusión de algunos rutinarios, se va alejando de la suposición de que el histerismo sea un síntoma de inferioridad ó de degeneración. Al subordinar la santidad y ciertos casos de misticismo á una diátesis morbosa, parece como que se tiende á desacreditar toda actitud espiritual que rebasa el nivel del instinto, asignando á la exaltación religiosa la subalterna categoría de un fenómeno patológico. Y eso, como lo demuestran los estudios de Murissier, Joly y Pacheco, es descentrar las cosas de la realidad. El misticismo es una disposición del espíritu absolutamente normal, que puede ir acompañada, y va á menudo, de la plena salud. Es el entusiasmo por todo lo divino, el ansia de comprender á Dios, de interpretar sus designios y de refundirse con él. La actitud del místico es de constante adoración. En cuanto á ciertos poderes sobrenaturales—nunca extranaturales—que el cielo otorga á ciertos místicos de la noble envergadura de sor Teresa de Lisieux, hay que ver en ellos una mera muestra de la gracia celestial, discernible á los predestinados. ¿Y quién nos dice, emplazando el problema en plano menos elevado, que el genio, el talento y aun la bondad nativa, no sean también donativos de procedencia divina? Es menos humillante para el ser humano el aceptar esa hipótesis que el hacer depender el genio, como sostiene Nordau, de una deformidad cerebral. Yo prefiero creer que lo poco que valgo espiritualmente se lo debo á Dios, que suponerlo resultado de una anomalía de mis células nerviosas. Así, por lo menos, me considero unido á una potencia divina que vela por mí y no ha querido incluirme en la dilatada familia de los cretinos ó de los malvados.

MANUEL BUENO

Bagneres de Bigorre (Altos Pirineos), 1923.



(CUENTO)

SALIÓ corriendo de la casa, compungido y lloroso, y fué á hundir la cabeza en el regazo materno. Pronto las manos blancas y afiladas acariciaron los rubios cabellos, mientras la dulce voz de la condesa preguntaba:

—¿Qué te pasa, hijo mío?

—Se ha muerto mi pájaro, mamá; se ha muerto mi pájaro! Esta mañana, cuando fuí á verle, ya no cantaba y estaba muy triste; pero todavía me miraba. Ahora ya no me mira, ya no cantará más... ¡Está muerto!

—¡Pobre pajarito!—dijo la condesa—Verdaderamente, era muy lindo y tenía una voz muy bonita; pero no debes afligirte tanto. Los animales mueren como morimos las personas, porque esa es la ley de la vida. Ya ves: el año pasado murió el abuelo; hace tres meses murió la abuela; quizá dentro de poco morirá tu padre, tu madre, el viejo Pedro..., y dentro de muchos años, de muchos, muchos—añadió, besándole con ternura—, morirás tú..., habremos muerto todos.—Y mientras secaba los ojos serenos y claros, murmuró dulcemente:—Es la ley de la vida.

El niño levantó la cabeza y miró á su madre. Era hermoso como los ángeles y precoz como todos los hijos de padres desgraciados. Los niños que ven sufrir á su alrededor aprenden muy pronto á ser hombres.

—Es verdad, mamaita; ya no lloro más—dijo alegremente—. Bastantelloramos los dos cuando papá se marcha y tarda mucho en volver. Voy á poner al pájaro dentro de una caja, y lo enterraré aquí bajo el roble donde tú te pones siempre á trabajar. Así, el pobre animalito no estará nunca solo. Mira: por allí viene Pedro; voy á que me dé la vuelta de la campana.

Y sin secar las sonrosadas mejillas, echó á correr y metió la cabeza por entre las piernas del viejo mayordomo. Pero éste no tenía gana de bromas. Apartó con dulzura al niño, que siguió

corriendo, y avanzó hacia la joven madre, que se estremeció levemente al ver la tristeza impresa en el rostro del anciano.

—¿Qué pasa, Pedro?—preguntó con voz alterada.

—Señora condesa: me ha mandado el señor...—Pedro vaciló. Su voz era tenue y temblorosa, y sus ojos estaban húmedos—. Me ha mandado el señor... cortar el roble.

—¿Cortar el roble?—exclamó la condesa vivamente—¿Por qué?

—Dice que porque el sol no entra en su cuarto.

—¿Y habrá de hacerse?—siguió ella, terriblemente exaltada, mirando el añoso tronco en que se apoyaba—¿No tendrá remedio? ¿Talarán el árbol?

El anciano movió tristemente la cabeza.

—No debe ser—dijo—; no es posible que sea. Bajo este roble jugaba vuestro padre cuando niño; aquí estudió después, y aquí adquirió la ciencia que luego deslumbró al mundo. Más tarde se casó, y vuestra santa madre tomó la costumbre de sentarse á su sombra. Aquí gustásteis vos la leche de la vida; bajo estas ramas sonreísteis por vez primera.

La joven murmuró con amargura:

—Es verdad; aquí he sido feliz y he sido desgraciada. Bajo este árbol querido he gozado todas las venturas del amor y he sufrido todas las tristezas del desengaño. Cuando la felicidad henchía mi alma, era á su sombra donde más intensa la sentía; y cuando el dolor laceraba mi pecho, se inclinaban sus ramas protectoras como queriendo defenderme contra todos. Aquí dió mi hijo sus primeros pasos; aquí ha aprendido las primeras letras; aquí, los dos unidos, hemos reído y llorado. ¡Dios mío, Dios mío! ¡No consintáis que me priven de esta sombra querida!

—Pedídselo vos. Acaso consigáis algo. Habladle al corazón.

Una mueca de dolor contrajo el rostro de la joven, que contestó con ironía:

—¡Al corazón!—Luego se levantó resuelta y añadió:—Lo intentaré.

Por allí lejos, donde las flores asoman, venía corriendo el niño.

—¡Mamá! ¡Mamá!—dijo, cogiéndose á sus faldas—La rosa que guardaba en el rosal para el día de tu santo también se ha muerto. He ido á mirarla ahora como otros días y está marchita. ¡También se ha muerto!

Y haciendo un mohín gracioso y compungido, rompió á llorar amargamente.

ooo

El conde de Valdepinos se hallaba sentado ante la mesa de su despacho. En su rostro ajado, de hombre vicioso, había indelebles huellas de cansancio é insomnio. Hojeaba una revista ilustrada, y no debía interesarle mucho por el gesto displicente que fruncían sus labios. Al oír á su esposa que pedía permiso, contestó secamente:

—Adelante.

La condesa entró dando la mano á su hijo.

—Vengo á molestarte un momento.

—¿Qué pasa?

La voz de la joven era débil como un suspiro, y en su mirar profundo y melancólico se leía el temor de que estaba poseída.

—Me ha dicho Pedro que has dado órdenes para talar el roble que hay delante de la casa, y venía á pedirte, á rogarte—suplicó, ya desconcertada ante la mirada dura de su esposo—que desistieras de hacerlo, si es posible.

—¿Hay alguna razón para ello?

—¡Razones! ¡Tantas podía darte! Ese roble añoso, que ha sido cobijo de mis padres y de mis abuelos, es algo tan querido y tradicional para mí, que lo considero como un complemento de mi vida. Bajo sus ramas recuerdo los días fe-

lices y transcurren los desgraciados. Allí rezo mis oraciones y allí juega nuestro hijo...

—Lo que me figuraba—interrumpió el conde con acritud—. Sensiblerías tontas y ridículas. Por encima de todo eso estoy yo. Mi salud es delicada, y necesito sol en mi cuarto. El roble se talará. ¿Quieres alguna otra cosa?

La idea quiso ser palabra y la palabra se convirtió en sollozo. No dijo nada la condesa y salió, mientras su hijo, abrazado á sus rodillas, preguntaba:

—Y ahora, mamá, ¿dónde entierro á mi parajito?

—¡Bajo el rosal donde ha muerto la rosa!

ooo

La nieve cubría las montañas y en el viejo palacio de Valdepinos se sentía un frío intenso. Los antiguos tapices y las felpudas alfombras, restos de pasadas opulencias, habían desapare-

cido en su totalidad, y la casa, grande y desmantelada, estaba inhabitable.

Ante el apremiante sonar del timbre, acudió Pedro presuroso á la habitación del conde. Este se hallaba de mal humor. En un solo año había encanecido notablemente y se había acentuado el cansancio somnoliento de su mirar.

—Pedro—dijo al mayordomo—: ¿no me has dicho antes que no había leña para la chimenea?

—Así es, señor.

—¿Y cómo dice Bautista que en los desvanes hay mucha?

—Es que esa... no me atrevía á quemarla.

—¿Por qué?

Pedro bajó la cabeza y calló.

—¿No me has oído? ¿Por qué habiendo leña en casa me dejáis morir de frío? Contesta.

—Esa es del roble, señor.

—¿Y la madera de roble no arde?

—Señor...

—Encended la chimenea en seguida, si no queréis que use esas ramas para moleros á palos.

Pronto fué el conde obedecido, y un magnífico fuego templó la glacial estancia. Un cómodo sillón fué colocado junto á la chimenea, y el señor de Valdepinos se acomodó en él, dispuesto á leer.

¿Fué el humo intenso que la leña despedía? ¿Fué efecto del alcohol ingerido con exceso? El libro cayó de las manos, y el conde fué presa de un letárgico sueño.

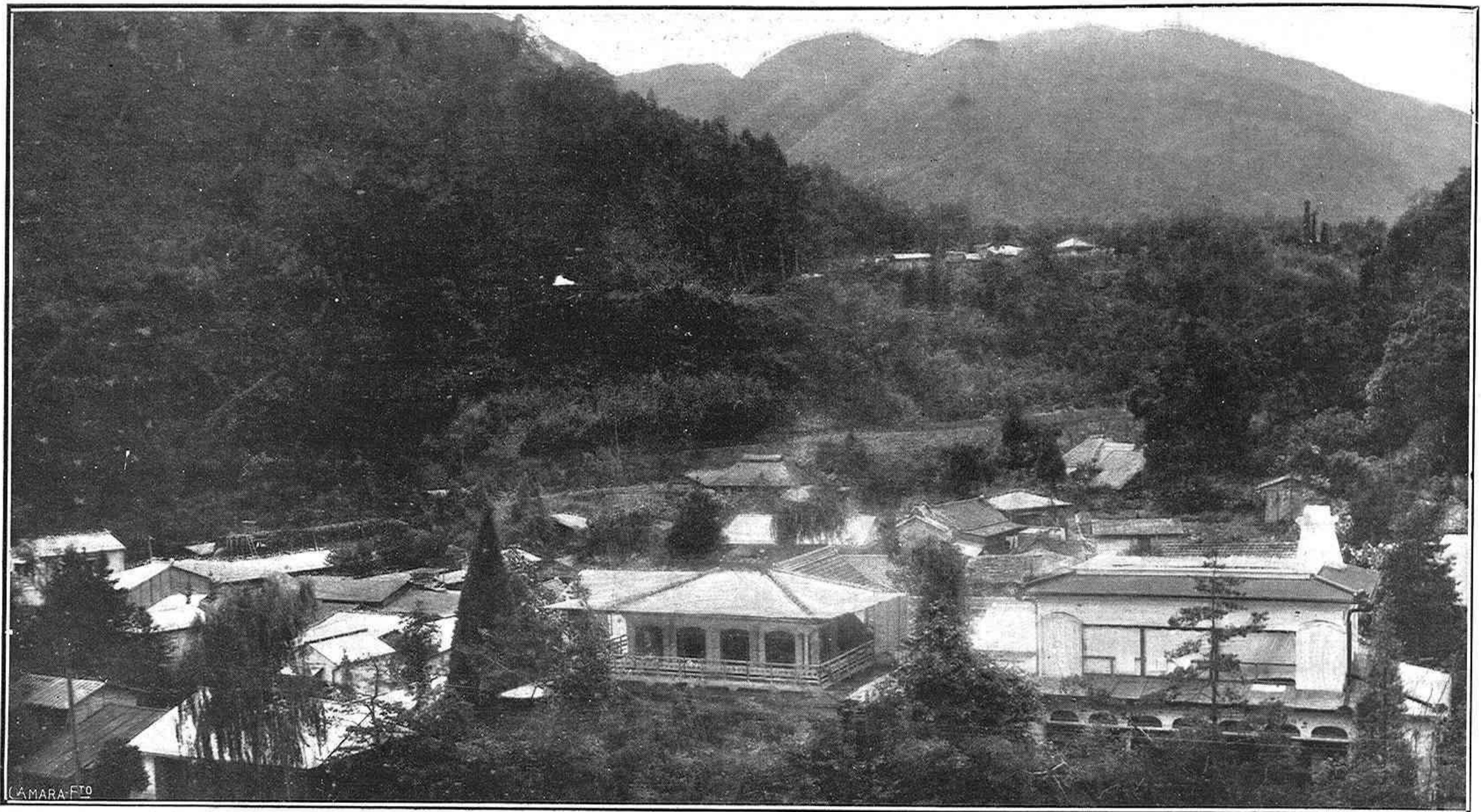
Y entonces una llama, que pequeña primero fué creciendo y alargándose después, subió por las piernas largas y enflaquecidas, dió la vuelta al cuerpo débil y extenuado, se enroscó por el cuello y estrechó al conde en un abrazo titánico y cruel.

Al día siguiente dieron sepultura al cadáver del conde, carbonizado.

CARMELA

DIBUJOS DE MÁXIMO RAMO.





Japón.—Un aspecto del país de ensueño que desaparece, substituído por el país de realizaciones. Cercanías de Hakone FOT. G. L.

LA REBELDÍA DEL DRAGÓN

DESPUÉS DE LA HECATOMBE RECIENTE, EL JAPÓN SIGUE SIENDO PAÍS DE RIQUEZA Y DE FUERZA, PERO SERÁ CADA VEZ MENOS PAÍS DE ENSUEÑO Y DE LEYENDA

Quiso la diosa del Sol que las Islas Afortunadas se alzaran sobre el Océano, para solaz de la Nación Sagrada; é hizo que tendido bajo esas Islas, el Dragón las sostuviera sobre sus lomos gigantescos. Pero hay ocasiones en que el monstruo se rebela contra tan dura servidumbre. Entonces, si la diosa está satisfecha de su pueblo, su voluntad impone obediencia inmediata al Dragón; pero si las divinidades tutelares han sido ofendidas por los fieles, su intervención se hace esperar y las iras del monstruo arrasan las ciudades, asolan los campos, secan los ríos, desplazan las aguas profundas del mar, arrojándolas como un alud contra la tierra, y, en suma, dan lugar en el Japón á esas formidables hecatombes que los bár-

baros de Occidente atribuyen á fenómenos geológicos.

Bajo sus pies sienten los japoneses temblar de impaciencia al Dragón muchas veces, y hubo año en que la tierra osciló en más de mil ocasiones y otras tantas volvió á la quietud sin causar estragos. En cambio, de generación en generación se ha transmitido el terror de aquella rebeldía del monstruo que en 1586 duró cuarenta días y que en el reino de Mino arrancó á una montaña entera de su alvéolo, cubriendo éste con un lago; y se recuerda que en 1855 otra furia del Dragón arrasó á Tokio y mató á siete mil personas que perecieron entre las cenizas y los escombros de cincuenta mil casas...

Ahora la hecatombe ha sido tal, que las víc-

timas se cuentan por cientos de mil, y por millones los hogares destruídos. La cólera de las divinidades tardó en aplacarse y el Dragón estuvo á punto de sacudir el yugo. Mas la diosa del Sol, madre ancestral de la dinastía que reina sobre la Nación Sagrada, tuvo piedad de ésta, al cabo, y sobre la senda ensangrentada y por entre las ruinas humeantes la vida emprendió de nuevo su marcha heroica y obstinada en la esperanza.

ooo

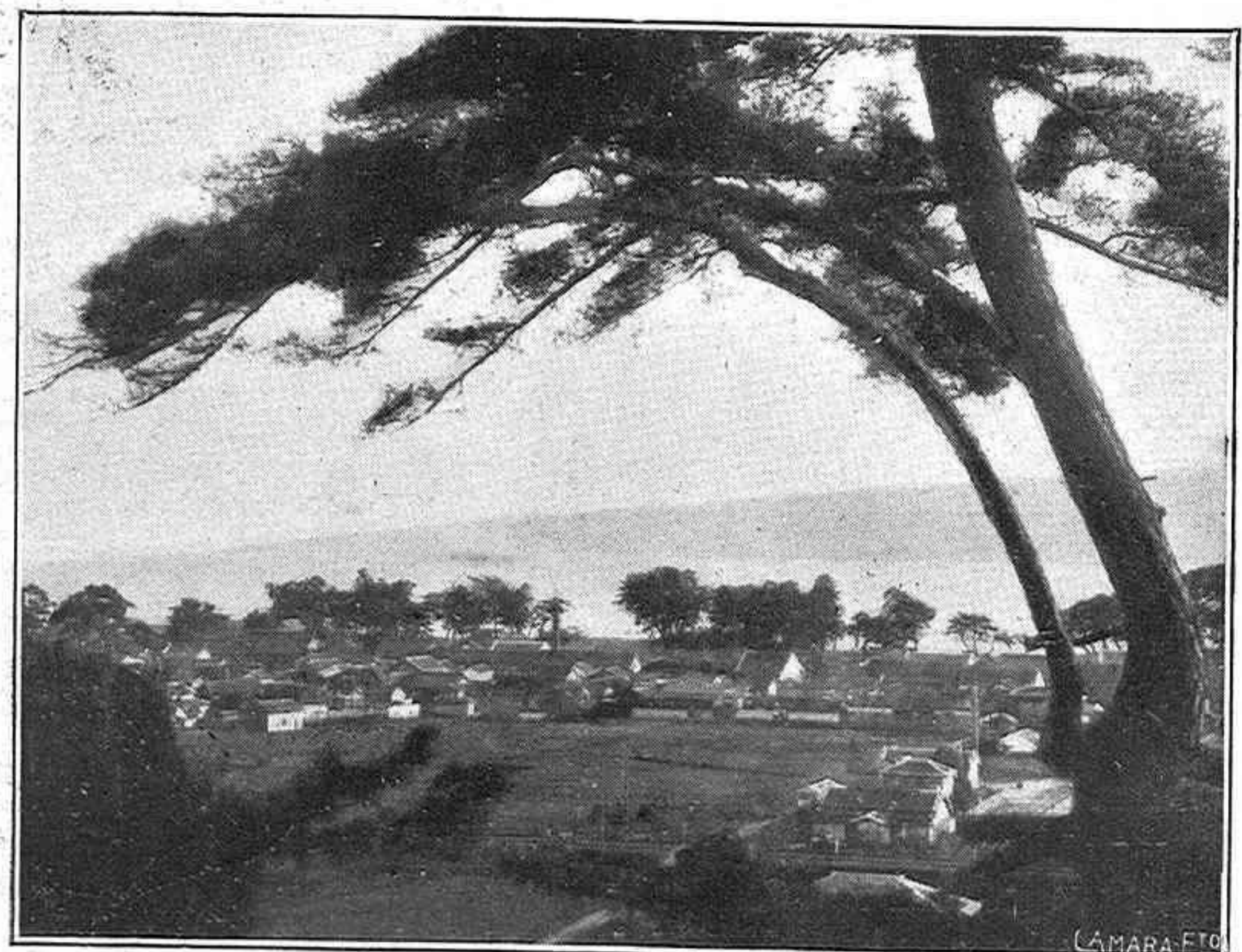
Heroísmo y fe: tales son las características de este pueblo que ni aun en la mayor adversidad imaginable sabe lamentarse.

Después de esta catástrofe—más terrible que ninguna otra de las que no tuvieron por causa



Japón.—Una calle de los arrabales de Yokohama

FOT. G. L.



Japón.—Paisaje de las cercanías de Tokio

FOT. G. L.

la voluntad humana—, la primera comunicación oficial que el Japón estableció con el mundo fué para anunciar por radiograma la constitución de su nuevo Gobierno... Del terremoto espantoso, del medio millón de muertos, de las veinte ciudades aniquiladas no se decía una sola palabra en aquel despacho... Y sólo al cabo de algunos días una breve nota cursada por las Embajadas japonesas dió á conocer el balance del desastre, con cifras escuetas, sin literatura, sin adjetivos, sin comentarios...

ooo

En Europa y América las gentes se preguntaron:

—¿Cómo saldrá el Japón de esta hecatombe?

Los técnicos respondieron:

—El Japón ha perdido su categoría de potencia de primer orden al perder la obra enorme de toda una generación, y ha retrocedido un siglo en el camino del progreso.

Pero los técnicos se equivocaron, como es su costumbre.

El Japón ha perdido mucho menos de la centésima parte de su población total; y ha perdido las veinte grandes y pequeñas ciudades que florecían las costas de la bahía de Yedo, pero que no constituían, como se ha dicho, el nervio de la nación. Tokio y Yokohama eran núcleos de tráfico; mas tanto las regiones agrícolas como los centros industriales no han sufrido daño alguno y siguen en pleno rendimiento. Se dijo también que la mayor parte de la Escuadra japonesa había sido destruída por el cataclismo; toda esa Escuadra sigue á flote, con la sola excepción de los cruceros *Aki* y *Mikasa*, que se hallaban en el puerto de Yokohama para ser desarmados, conforme á los acuerdos de Washington.

El poder del Japón no queda mermado, por lo tanto, en nada; sigue siendo la gran potencia asiática, como los Estados Unidos son la gran



Japón.—Un barrio de Yokohama, antes del terremoto que destruyó la ciudad el 1.º de Septiembre

fugaz de los seres, sino también la perdurable existencia de los paisajes pendientes de un enojo de la diosa del Sol y de una impaciencia del Dragón...

Paris, 1923.

ANTONIO G. DE LINARES



Japón.—Damas japonesas, con sus hijos, paseando al amparo de los grandes quitasoles sostenidos por criados

FOT. G. L.



Japón.—El Club Británico de Kobe, convertido actualmente en hospital para las víctimas del reciente terremoto

FOT. G. L.

potencia americana, y como Inglaterra es la gran potencia europea...

ooo

... En cambio, todo hace suponer que en esta catástrofe parcial habrá perdido para siempre el *Dai Nippon* gran parte de su poesía.

Las ciudades pintorescas, las casitas de madera, rodeadas de pequeños jardines y adormecidas á la sombra de grandes árboles que parecían cobijarlas, todo aquel Japón de estampa y de leyenda no volverá á renacer de sus cenizas.

Sobre la tierra atormentada y homicida, las nuevas ciudades que han de alzarse en breve serán ciudades condenadas á la infinita tristeza de esa monotonía cosmopolita que hace que una calle moderna sea la misma en Madrid que en Buenos Aires, y la misma en Constantinopla que en San Francisco.

«Nuestro país—decía recientemente un ilustre diplomático japonés— no es ya el de los cerezos en flor, sino el de las dinamos en marcha; no es ya tierra de ensueño, sino de realizaciones; no es cuna de poesía, sino formidable máquina productora de fuerza...»

¡Fuerza!... Fuerza material... Terrible y desolada obsesión de nuestra existencia moderna... ¡Ser fuerte!... Ser el más fuerte, no sólo para no ser dominado, sino también para ser dominador... Y eso, aun después de haber comprobado—como ahora, por desgracia, ha podido hacerlo el Japón—que todas las fuerzas y las riquezas y los orgullos de los hombres son miserias de hormiguero triturado bajo la rueda del Destino; eso, aun teniendo en todo instante no sólo la vida

L A S E N D A

IMPRESIÓN

No es esta la senda que conduce a los ámbitos donde la vida palpita. Donde en cada botón de flor se halla la rosa de la ilusión lisonjera. No. Es bien triste esta realidad. Esta senda es la que conduce al cementerio; es la senda que conduce al lugar del dolor. Un escéptico diría la senda donde todo termina; un místico la senda que nos lleva a la verdadera vida. La muerte es el túnel de la Eternidad.

ooo

Es una mañana azul con el oro del sol que la borda. Los maizales elevan al cielo sus espigas verdes y reverdecidas. Los trigales doran los campos bajo el palio de oro del sol. Los pájaros alegran el camino con las suaves melodías de sus arpegiadas gargantas. Y los labriegos van labrando los campos y se distingue confusamente el *chic-chuc* de la azada al clavarse en los surcos. Al mismo tiempo las vacas que mansamente pastan en la verde pradera lanzan las quejas de sus bramidos.

¡Bosques, selvas! ¿No habéis visto alguna vez el camino de un cementerio? Generalmente es triste, árido, desierto. Sólo al llegar a sus inme-

diaciones comienzan a elevarse los llorones sauces y los altos cipreses.

El camino que describo no es así. Por ambas partes elevanse rosales, madreselvas y tomillos.

Más que la senda que conduce al lugar de la Muerte parece el paseo solitario que eligiera un romántico para contar a la noche las cuitas de su dolor.

Es, quizá, el que eligiera un poeta para cantar en sus horas de renunciación.

—¡Bellísimo camino! ¡Si acaso por ti pasasen mis restos, no olvidés que yo fui tu asidua visi-

tante por largo tiempo, y que en ti, y sólo en ti, hallé el consuelo que la vida me negó!

La mañana, tan azul, tan bella, convidaba al paseo matutino, y el camino bordado y con su ambiente de olientes plantas me embriagaban. Y caminé por él. Y pasaron horas y horas, que me hallaron en muda interrogación al pasado frente a la Vida. De espaldas a la Muerte.

Y no obstante ser la mañana tan bella, tan azul, tan plena del derroche de luz solar; no obstante estar los pajarillos mañaneros alegrando el camino con las suaves melodías de sus voces misteriosas, un cortejo fúnebre avanzó lentamente, suavemente, sobre el mullido camino embriagado del perfume que las plantas aromáticas despedían en el ambiente de la hora más bella del día.

Era un cortejo triste. Una caja pobre conducida a hombros de cuatro pobres indigentes. Y acompañada por dos ó tres seres que la piedad les invitó seguir...

Y le vi pasar ante mis ojos. Muda. Contemplativa les vi avanzar. Sentí un dolor enorme, inmenso, infinito... Un pequeñuelo lo seguía, llorando amargamente.

Y sentí la enormidad de aquel dolor. Se repitió aquí como siempre, como otras veces, la película grotesca de la Vida. La inclemente, la huesuda, la envidiosa de la guadaña impía había cortado la vida del más grato consuelo de un hijo; la vida de la más santa de las mujeres: ¡la madre!

Y yo, que desdichadamente he sentido el dolor inmenso que causa la pérdida de una madre, lloré con el pequeñuelo el desconsuelo de la soledad que produce la orfandad.

ooo

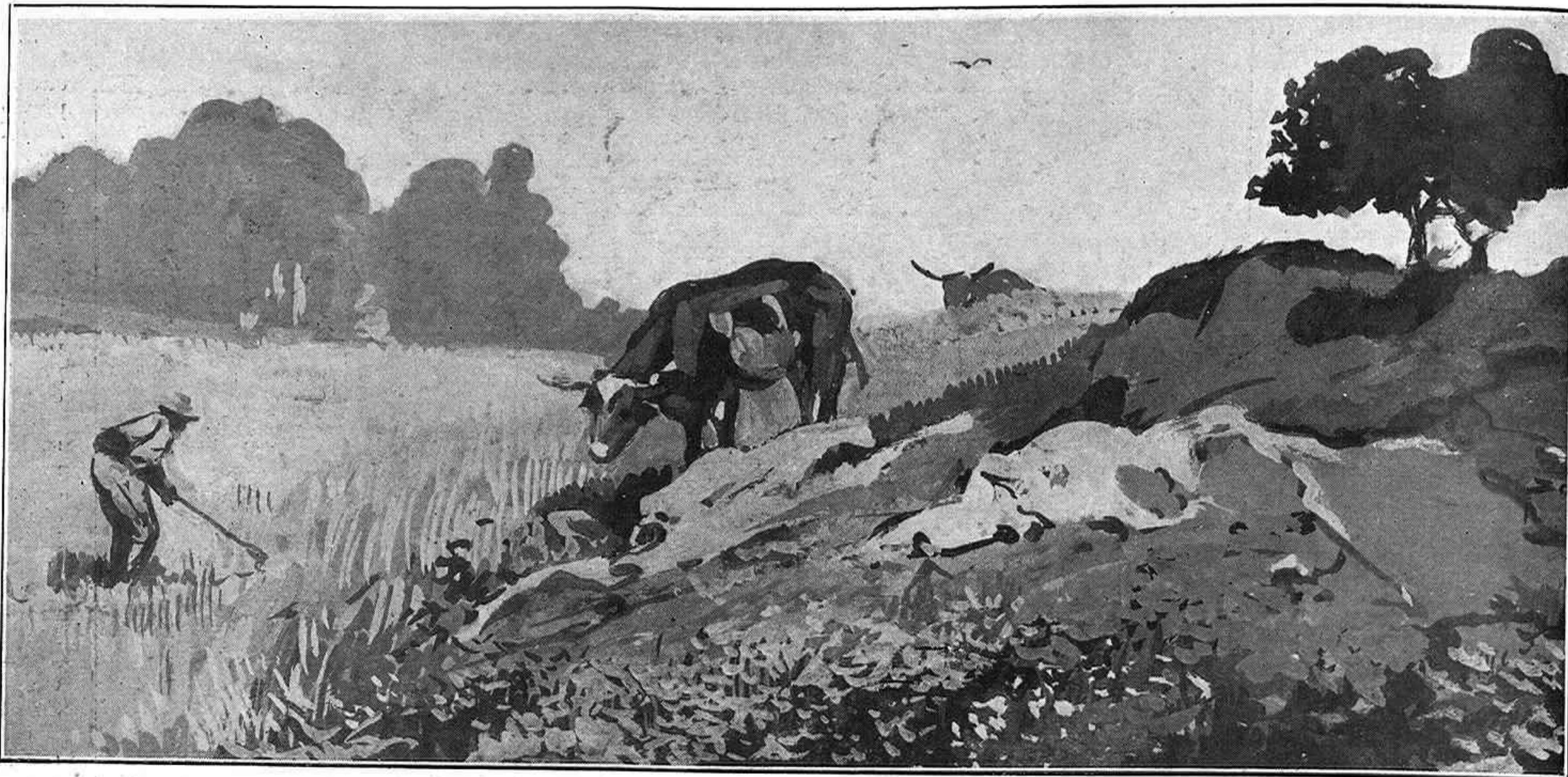
Y la mañana azul, llena de luz, llena de sol. Y los labriegos que herían con la azada las entrañas de la madre tierra al son de sus canciones llenas de emoción. Y los pájaros que alegran el camino con las suaves canciones que aprendieron del orden universal, todo, todos esos seres me vieron en la hora mañanera llorar junto al pequeñuelo el enorme vacío, la ausencia inmediata de toda dicha que deja la orfandad.

Entonces, desde entonces, de espaldas a la vida voy siguiendo lentamente el camino que conduce a la Muerte. Ansiando pronto llegar a su fin.

HILDA ZUDÁN

Granada, 1923.

DIBUJOS DE VERDUGO LANDI



MILAGRO DE AMOR Y DE ARTE



«Busto de Fernando Periquet Rufilanchas», por D. Federico Valido

A PENAS di sepultura al cuerpo de mi hijo Fernando (veintiún años, culto, hidalgo, barbilucio y gentil), invadieron por completo mi mente dos ideas: la de no perder el contacto de su alma noble y la de ver siempre ante mí su grácil figura. Para lograr lo primero, me acogí al Supremo. Para lo segundo realicé el horrible esfuerzo de obtener la mascarilla de la adorada faz, y requisé cuantas voluntades á mi alcance podían facilitarme retratos de mi hijo, cualesquiera que fuesen su época y sus valías artística y fotográfica.

La sed en el amor es insaciable, y ambicioné más: una efigie escultórica... Pero este anhelo mío rozaba lo imposible.

Entre mis recuerdos de lector infatigable evocé el de algunos libros donde personajes impulsados por el amor, y al solo amparo de su re-

tentiva, hacen surgir sobre el lienzo ó en el barro la imagen adorada. Tal recuerdo iniciaba en mí la sospecha de que no era absoluta insensatez el intento de convertir la utopía en realidad. Ello, sin embargo, hacíase en extremo difícil por mi escasa práctica en maznar barro y mi carencia de facultades escultóricas. De otra parte, en estas mis dolorosas maquinaciones no atisbaba al cohen artista capaz de erigir, sin otros elementos que mudas fotografías y ardientes palabras de padre, la estatua ambicionada.

¿Dónde hallar el mago bueno para compadecerme, artista para crear, inteligente para suplir, sufrido para escucharme y hasta sensible para llorar?

En pleno Atlántico, en estas islas enervantes á fuerza de seductoras, sin abolengo mundial

de arte plástico gentilico, no era fácil adivinar que allá en el fondo de un recóndito patio existiera, incomprendido y olvidado, el brujo plasmador de mi ensueño. Pero así fué... Y brotó el busto de aquel mi mozo irremplazable, donde el mago supo infundir alma por un instante, y de ese instante divino son el movimiento del gesto y la esbeltez del torso.

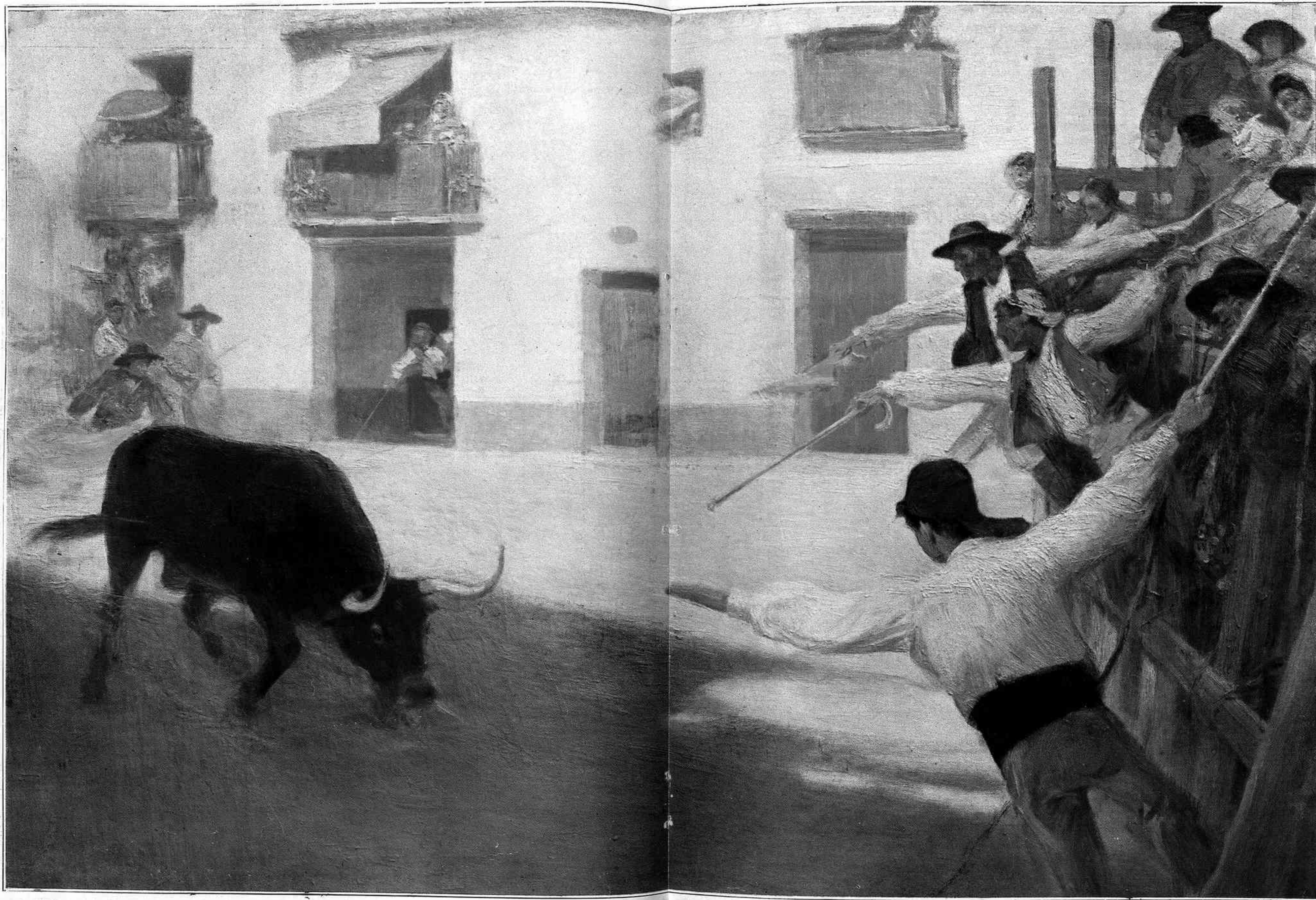
¿Cómo se alcanzó la maravilla? Sin duda lo ignoraremos por siempre el artista, á pesar de su mérito, y yo, á pesar de mi amor. Aquél, Federico Valido, quizá no salga nunca de su ignorado estudio, pero es indudable que hasta él descendió Dios para consumir el milagro.

FERNANDO PERIQUET

Las Palmas de Gran Canaria, 1923.



LA PINTURA MODERNA



TOROS EN PUZOL

Cuadro original de José Benlliure Gil

CONFIDENCIAS

DIÁLOGO DE LA PERFECTA NOVIA

UNA AMIGA.—¿Y cuándo escribes ese *Tratado de la perfecta novia*?

EL CRONISTA.—Pensando en ti, lo escribiré en seguida. Pensando en ti y en tus amores con ese chico. El público para mí, escritor, es siempre un pretexto. Cuando digo algo, pienso en una persona. Cuando formulo un juicio, en un grupo ó sector de amigos. El público, esa cosa inorgánica y vaga y estéril que se llama público, es siempre un pretexto.

A.—Pero volvamos al *Tratado de la perfecta novia*. ¿Cómo ha de ser esta señorita?

C.—Madre, hija, hermana, amiga y amante, todo á la vez, del hombre amado. Madre, porque todo hombre busca en el amor un regazo donde descansar. Ha vivido en posadas y mesones y quiere hogar. Se ha debatido en amores fugaces y presente el Grande Amor... Hija, amiga mía, hija, porque el novio, el esposo, es también padre, padre en la vida de relación. El trae las migas de pan á la boca, fuego y leña al hogar, el sustento, la estimación social. Mujer amada, ha de sentirse mujer protegida. Tu esposo será tu padre, no en los primeros soleados días del amor atropellado, sino después, cuando hayáis llorado juntos una pena común, cuando le hayas dado un hijo, cuando la vida, al transponer la cumbre de los treinta á los treinta y cinco años, se te aparezca como lo que es: como un sacrificio y como una renunciación. Cuando te bese en la frente con toda pureza, cuando al besar á tu hijo te bese á ti con el mismo beso y os comprenda á los dos en una mirada, y vea en ti tu reflejo y en ti la luz de los ojos de tu hijo, entonces será tu padre. Es decir: serás tú su hija. Y su hermana. Te contará sus éxitos con vanidad y sus amarguras con ironía. ¡Ironía, santa palabra, Lolita! Hablo de esa ironía que sonríe sin amargura, de esa ironía que conoce su pequeñez, pero se siente fuerte en su corazón. ¡Porque mira que somos pequeños, amiguita mía! Inteligentes... ¡Psé! ¿Qué es la inteligencia? El que sabe mucho, sabe—¡el pobre!—que ignora mucho más. Buenos... ¿Y qué es la bondad? ¿Por quién nos hemos sacrificado nunca? Hasta cuando amamos, ¿no pedimos con egoísmo, en cambio, que nos amen también? Voluntariosos... ¡Sí, sí, eso vale más! Pero, ¿quién no se asusta pensando en lo que ha hecho y en lo mucho más

que ha podido hacer? ¡De mí sé decirte que estoy tan descontento de mí mismo, tan descontento!...

A.—Decías...

C.—Decía que la perfecta novia debe ser amiga: la amiga por excelencia, la confidente, la colaboradora, la compañera. Interésate por las cosas de tu novio, para que tu novio se in-

terese por las tuyas. Sus cuartillas, sus enfermos, su laboratorio, sus libros, su bisturí, sus reacciones, sus conferencias, han de ser para ti cosa santa y sagrada. Interésate, preocúpate, espoleale en sus triunfos, sírvele de almohada blanda cuando descansen. Así y sólo así, tus pequeños quehaceres, tu costura, tu amiga, tu teatro, tu *tennis*, tu lectura, tus galas, serán su mimo, la sal de su pan, el hechizo de su fatiga, el agua de su sed, el lecho de su noche, la estrella de su cielo, la meta de su senda, la luz de su obscuridad, la carcajada de su gravedad, amiguita mía. Si es político, politiqua tú. Si es escritor, sé tú su lectora. Si pinta ó esculpe, su modelo. Si hace música, su motivo. Si médico, ten la coquetería de inventarle una enfermedad tuya para que estudie. ¡Entretenle siempre! ¡Pero siempre! Amenidad, variedad, desconcierto, hasta contradicción, si quieres, son los factores del perfecto amor. Mira: el amor no se deshace trágicamente... más que en las comedias. En la vida se deshace por nada y por todo; así es de delicado, tenue é inefable caballero amor. Una palabra dicha á destiempo, un gesto de indiferencia, de incomprensión ó simplemente de ordinareiz espiritual dan al traste con el amor. Por eso...

A.—Por eso, ¿qué?...

C.—Por eso la mujer, la novia, ha de ser también la amante. Esa palabra se ha encanallado; yo te hablo con toda pureza de intención. Amante es la que ama, la que da su amor, no la que lo vende, compra ó alquila. Vístete y engalánate para él. Péinate antes de que él se levante. Procura estar siempre guapa.

A.—¿Nada más?

C.—¡Oh, sí, amiga mía! Ese tema requiere un *Tratado*. En quince, en veinte capítulos cabe todo él. Muy pronto, en el campo, libre del editor, de la Empresa periodística, lo escribiré lentamente, gozándome en él, diciéndote hasta qué punto nuestra amistad es respeto y ternura y efusión cordiales. *La Perfecta Casada* la escribió un fraile. De *La Perfecta Novia* escribirá un pobre diablejo, que, harto de diabluras, se metió fraile. Y habrá ejemplos, y anécdotas, y citas históricas.

A.—¿Palabra de honor, señor cronista?

C.—¡Palabra de honor, señora mía!

A.—¡Dios lo haga!

C.—¡Amén, y tú que lo veas, amiga!

José SÁNCHEZ i OJAS

PORTUGUESA



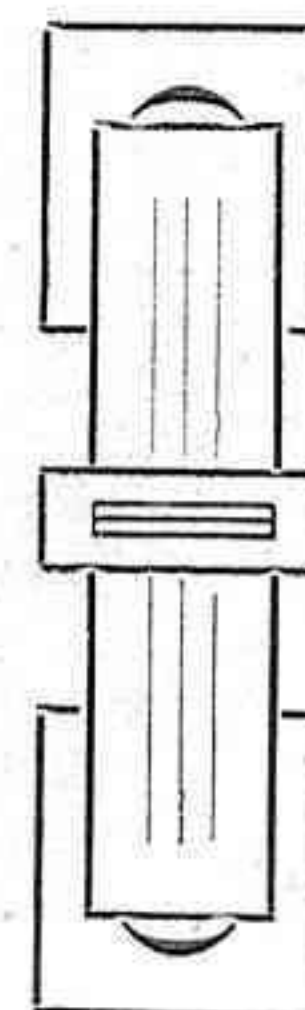
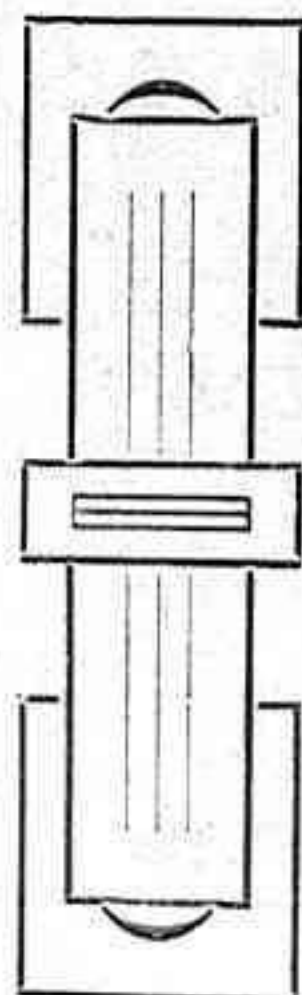
¡Qué noches más bellas!...
¡Qué lindo luar!...
Llueve el cielo estrellas
y es de plata el mar!...

Las viejas querellas
que hacen suspirar,
¡olvidad, doncellas,
y volved amar!...

La vela se riza,
y una voz murmura:
—¡Cortadme otra flor,
que amor que agoniza
tan sólo se una
con un nuevo amor!...

Francisco VILLAESPESA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



EL NIÑO DUERME



EL «chipilín» berreaba desaforadamente, con el brío, la pertinacia y el dramatismo fisiológico de costumbre. En vano se lo llevaron al otro extremo de la casa, para que la estridencia de su lloriqueo se hiciera más tolerable y papá pudiera seguir con sus números y rayas; en vano reaparecieron los juguetes mágicos, que acallan de repente, y que sobre los «pucheros» y gesticulaciones borrascosas tienden el arco iris pacificador de la sonrisa... Comprobóse que tampoco ninguna arruga torpe ni ningún alfiler distraído tenían parte en aquel escándalo que traía al pequeño encendido y desesperado, como rebotante de razón. Por fin, la madre, con su considerable filosofía sonriente, tomó al nenín en sus brazos y ofreció á aquellos labios gordezuelos que tan fieramente se crispaban la tibia blandura del pecho.

Y el alborotador calló, de golpe. Y puso, en señal de dominio, una mano sobre el generoso globo donde manaba la vida, y comenzó á exteriorizar su satisfacción agitando los piecitos, hechos de temblores rosa y de palpitaciones azules.

Durante algún tiempo, y mientras succionaba sin el menor asomo de continencia, miraba de reojo, acaso temiendo que alguien le arrebatará, por la astucia ó la fuerza, aquel caliente chorri-

to que sus labios pedían al amor y la salud de la madre. La cual, con la cabeza inclinada, luminoso el semblante y henchido de efusión el regazo, contemplaba á su hijo, acechando con sábarica delectación inefable el momento en que aquellos ojillos, que ya parpadeaban soñolientamente, se cerrasen del todo.

Y así fue. Aflojóse entonces la mano recelosa; quedaron inmóviles los piecitos santos que todavía ignoraban los cardos del camino. El nene dormía, y de su respiración acompasada y suave principió á fluir como un sahumerio oloroso de paz y de confortación, que vedaba todo ruido y perfumaba el silencio...

El mismo padre, roto por un segundo el ensimismamiento de la tarea, se asomó al aposento, inquieto al no «oir nada»...

—¿Ocurre algo?

—No, nada. El nenín, que está durmiendo...

Y así ocurría; el optimismo maternal lo sabía tanto como la fugaz alarma del padre. Ocurría eso enorme, prodigiosamente vulgar, limpio de escenografía, que invade el hogar cuando el hijo chiquitín duerme; prevalecía ese sosiego indescriptible, en que parece que la tierra toda se da el gusto de escuchar á una cuna; esa paz que dora el amanecido en el campo ó que se alza bajo las invisibles bóvedas de una catedral. Na-

die ni nada hace tan sabroso el silencio en una casa como el nene cuando reposa. El tiempo, atareado tantas veces en agriar los rumores, en suscitar tumultos de duelo, en promover tempestades irreparables, ahora, ante las cerradas pupilas de una criatura, se quita los férreos arros de su poderío, que suele arrastrar con cruel fanfarronería.

Y el trajín doméstico cobra un ritmo de majestad; y la madre suspira con más parsimonia; y las rayas y los números de allá adentro, del despacho, van saliendo á flor del papel, como una cosecha milagrosa...

Reiros del silencio de la muerte, que, á fin de cuentas, es un silencio negro, hurraño y negador. El silencio que manda, el que cautiva, el que vale, el que nos hace caer de hinojos, es éste del niño que duerme. Es un silencio de debajo de tierra, de tierra fecundada, que hierve, que prepara la gloria de la Primavera; es un silencio de nube que se forma, de capullo que va á abrirse. Es algo más que un silencio: es una fragancia, un suspiro, un rayo de claridad que quiere romper las negruras espesas y hostiles del mundo...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE OCHOA

De la época medieval española

LAS UNIVERSIDADES

ASOMBRA considerar cómo en el siglo XIII y comienzos del siguiente, cuando la Reconquista estaba en plena actividad, entre los monarcas cristianos acaecían tristes discordias y sus reinos estaban turbados por frecuentes rebeliones, Reyes como Alfonso VIII y Alfonso X, en Castilla; Alfonso IX, en León, y Jaime II, en Aragón, se preocupaban de la enseñanza, planteando y organizando Universidades, algunas de las cuales habían de adquirir, pasadas unas centurias, inmortal y glorioso renombre.

Eran las Universidades ó Estudios Generales, como en su función se llamaron, corporaciones formadas por maestros y escolares que se reunían en un lugar con voluntad y entendimiento de cultivar y aprender la Ciencia. ¿Cómo nacen estos centros? Según la opinión más admitida, la existencia de maestrescuelas en las escuelas catedralicias, donde se concentra en los siglos XI y XII la vida intelectual, nos lleva por imperceptible transición á las Universidades como corporaciones independientes, las cuales eran establecidas por mandato del Papa, del Emperador ó del Rey.

La primera Universidad española fué la de Palencia, que tuvo una vida efímera, siendo fundada por Alfonso VIII; la de Salamanca se cree lo fué por Alfonso IX de León, si bien quien colocó los cimientos de su posterior grandeza fué Alfonso el Sabio; la de Valladolid fué dotada por Alfonso XI, y la de Sevilla fué erigida por Jaime II. Tales son los primeros centros oficiales de enseñanza en la España medieval.

Para dar una idea de cómo estaban organizadas y funcionaban las Universidades en aquella época, tomaremos como tipo la de Salamanca.

Examinando las disposiciones insertas por Alfonso el Sabio en sus famosas «Partidas» y lo ordenado posteriormente por el Papa Martino V en sus Constituciones, podremos reconstruir en parte lo que era la vida universitaria en la Edad Media. Refiriéndose al lugar donde deben situarse las Universidades, dicen las «Partidas» que los pueblos donde se establezcan han de tener buenos aires y hermosas afueras, para que los maestros y escolares vivan sanos en él y puedan distraerse por las tardes cuando estén fatigados por el estudio; han de ser fértiles, abundantes y baratos, no sólo en víveres, sino en posadas, y sus habitantes procurarán honrar y hacer agradable la estancia tanto á los maestros como á los discípulos.

Los maestros eran en aquella época respetadísimos, tenían un gran prestigio social y gozaban de numerosos privilegios, sobre todo los maestros de Derecho, á los que se les declaraba nobles y se les apellidaba Señores de Leyes.

Sus obligaciones eran enseñar bien, y lealmente hacer la explicación de un libro ó texto determinado, no dejándolo hasta haberlo concluido. Estando buenos, no podían enviar substitutos á la cátedra. El sueldo lo percibían en tres veces: al comenzar el curso, por Resurrección y por San Juan.

Por un privilegio concedido á la Universidad de Salamanca por Alfonso el Sabio, sabemos su primitivo personal, que era el siguiente: dos conservadores del Estudio; un maestro de Leyes, con 500 maravedís al año, y un auxiliar bachiller legista; dos catedráticos de Cánones: uno para el Decreto de Graciano, con 300 maravedís, y otro para las Decretales, con 500 ma-

avedís; dos catedráticos de Física, bajo cuyo nombre se comprendía entonces la Medicina y Ciencias Naturales, con 200 maravedís; un estacionero ó bibliotecario, encargado de tener los textos buenos y correctos, con 100 maravedís; un maestro de órgano, con 50 maravedís, y un capellán. Posteriormente, el personal aumenta; además del rector y del maestrescuela, de que hablaremos en seguida, aparecen los consiliarios, el primicerio y los defensores.

Eran numerosas las ciencias que se explicaban en las Universidades. Las cátedras más usuales é importantes eran las de Gramática, Lógica, Retórica, Aritmética y Geometría. En algunas había también maestros de Astrología y Música. La Facultad de Teología no existió en las Universidades españolas hasta el siglo XV, debido al monopolio que de esta enseñanza concedieron los Papas á la Universidad de París.

Los Reyes otorgaron muchos privilegios, franquicias y libertades á los estudiantes, siendo la más notable de las exenciones concedidas la relativa al Fuero Académico. Los estudiantes, según él, estaban sometidos á una jurisdicción especial; tenían derecho á ser juzgados por sus propias autoridades, rector y maestros, en las cuestiones civiles; posteriormente, con motivo de la prepotencia que adquieren en las Universidades los maestrescuelas, pasó á éstos la potestad de juzgar á los escolares, no sólo en lo civil, sino en los pleitos de sangre.

Relacionadas con el Fuero Académico están las matrículas; por ellas se significó la sumisión voluntaria del matriculado al rector, para gozar de los beneficios del Fuero Académico. Hasta bien entrado el siglo XVI la matrícula no fué escrita ni en forma de catálogo.

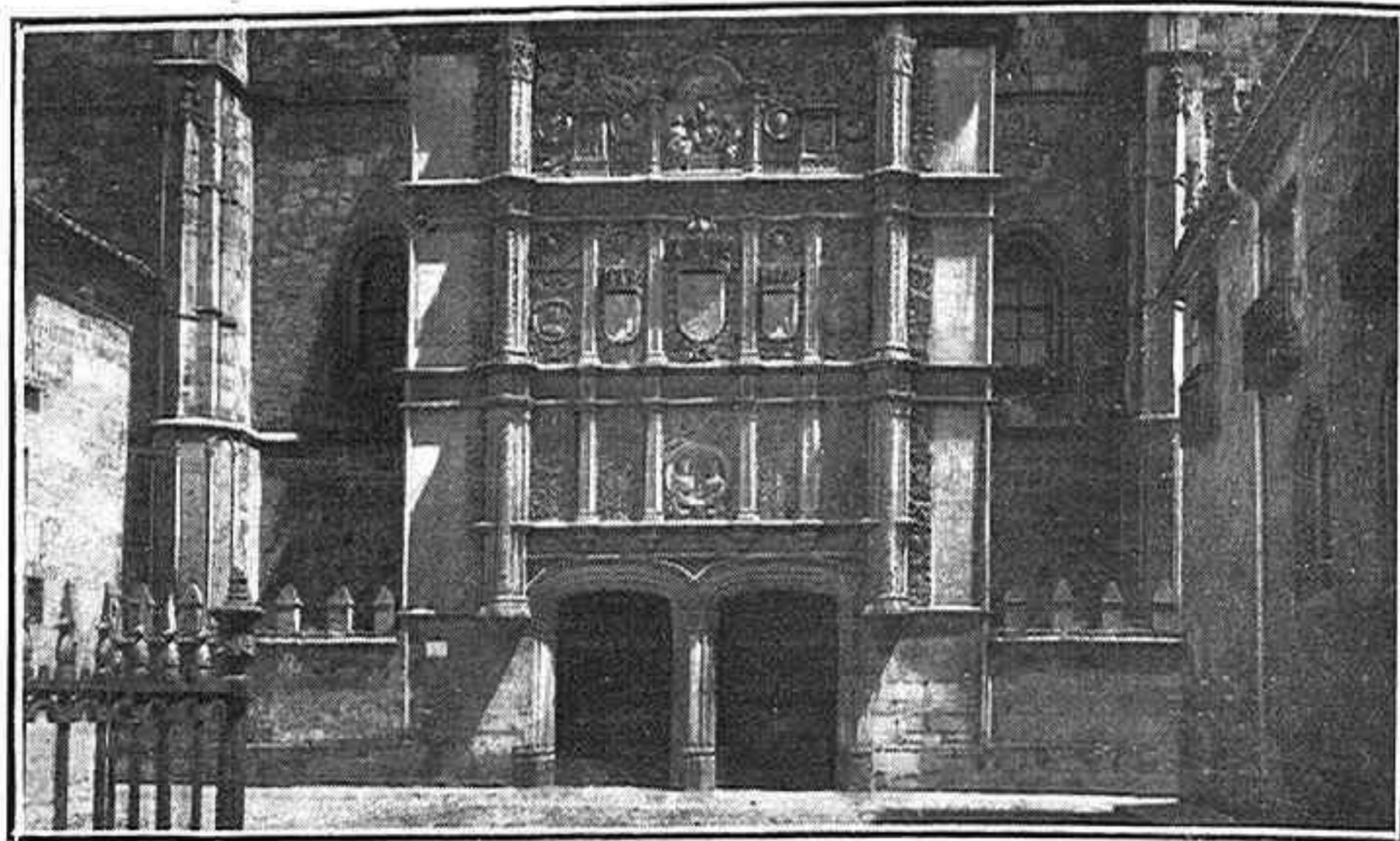
El jefe de la Universidad era el rector, cargo democrático, temporal y de honor; era elegido por sus compañeros, quienes debían prestarle obediencia, siendo prolijas y diversas las funciones que desempeñaba.

Un cargo de indudable importancia en la Universidad medieval era el maestrescuela ó canciller. El Rey Sabio decía de ellos que pertenecía á su oficio estar delante cuando los escolares se presentaban para probar si eran tan letrados que merecían ser nombrados maestros.

En los comienzos de la Universidad eran desconocidos; pero á mediados del siglo XIV su intervención es extraordinaria en los estudios, exámenes y grados, y ejercen también la jurisdicción académica. Pronto adquiere una enorme influencia, de la que es muestra lo consignado en la vida del célebre D. Alfonso Madrigal, *el Tostado*; allí se refiere lo que sucedió entre él, que era maestrescuela en Salamanca, y el corregidor de la ciudad, con motivo de la prisión de un estudiante, sobre el que ambos pretendían tener jurisdicción; agrióse la cosa, se apeló al Rey Don Juan II, y, á pesar de su intervención, el corregidor tuvo que cumplir el castigo que por su desobediencia le impuso el maestrescuela, y que consistió en ir desde Aldealuenga, lugar distante una legua de Salamanca, á ésta á pie, con la cabeza descubierta, vestido con un saco de sayal y un hacha encendida.

Expongamos ahora brevemente lo que las Constituciones del Papa Martino V ordenaban con respecto á exámenes y cursos.

El grado de Bachiller era de mera solemnidad en Salamanca; el que deseaba adquirirlo tenía que acreditar ante el rector haber asistido á las clases con puntualidad. El día señalado por el rector, el estudiante se presentaba con un doctor, que le apadrinaba, y era el que había de conferirle el grado; el doctor subía á la cátedra, y el graduado decía una arenga para



Fachada de la Universidad de Salamanca

pedir el grado; luego el doctor bajaba de la cátedra y subía á ella el nuevo bachiller, que explicaba un punto de su Facultad.

Terminado el acto, el bachiller daba un convite, estando limitado el gasto que podía hacer.

Entre el grado de Bachiller y la Licenciatura debían mediar cinco años. Durante ellos, el bachiller debía dar lecciones y repases. Probado esto ante el doctor más antiguo de la Facultad, el bachiller se presentaba al maestrescuela y juraba ante éste, bajo pena de excomunión, que no había cometido ningún soborno para obtener la licenciatura, ni lo cometería. También debía jurar que era hijo legítimo ó legítimado.

El día señalado para el grado, después de oír la misa del Espíritu Santo en una capilla de la catedral, se le daban al graduando temas á vista de los doctores; solían acudir todos los que estaban en la ciudad y sus cercanías.

Al día siguiente se presentaba el graduando en la capilla de la catedral que señalaba el maestrescuela, y allí verificaba su ejercicio, que consistía en la exposición de textos sobre los puntos indicados, y en responder y argumentar sobre cuestiones relacionadas con los temas. El ejercicio duraba dos horas. Terminado éste, se procedía á la votación, echando en un birrete ó socapuz cédulas escritas con A ó con R.

El resultado no lo conocía el escolar hasta el día siguiente, que iba á saberlo á casa del maestrescuela.

Estos grados fueron al principio por la tarde, y luego por la noche, debiendo el graduado festejar su éxito con una cena, que andando el tiempo llegó á convertirse en espléndido festín.

Para doctorarse en las Constituciones se detallan prolijamente los gastos que había que hacer para obtener la investidura de doctor.

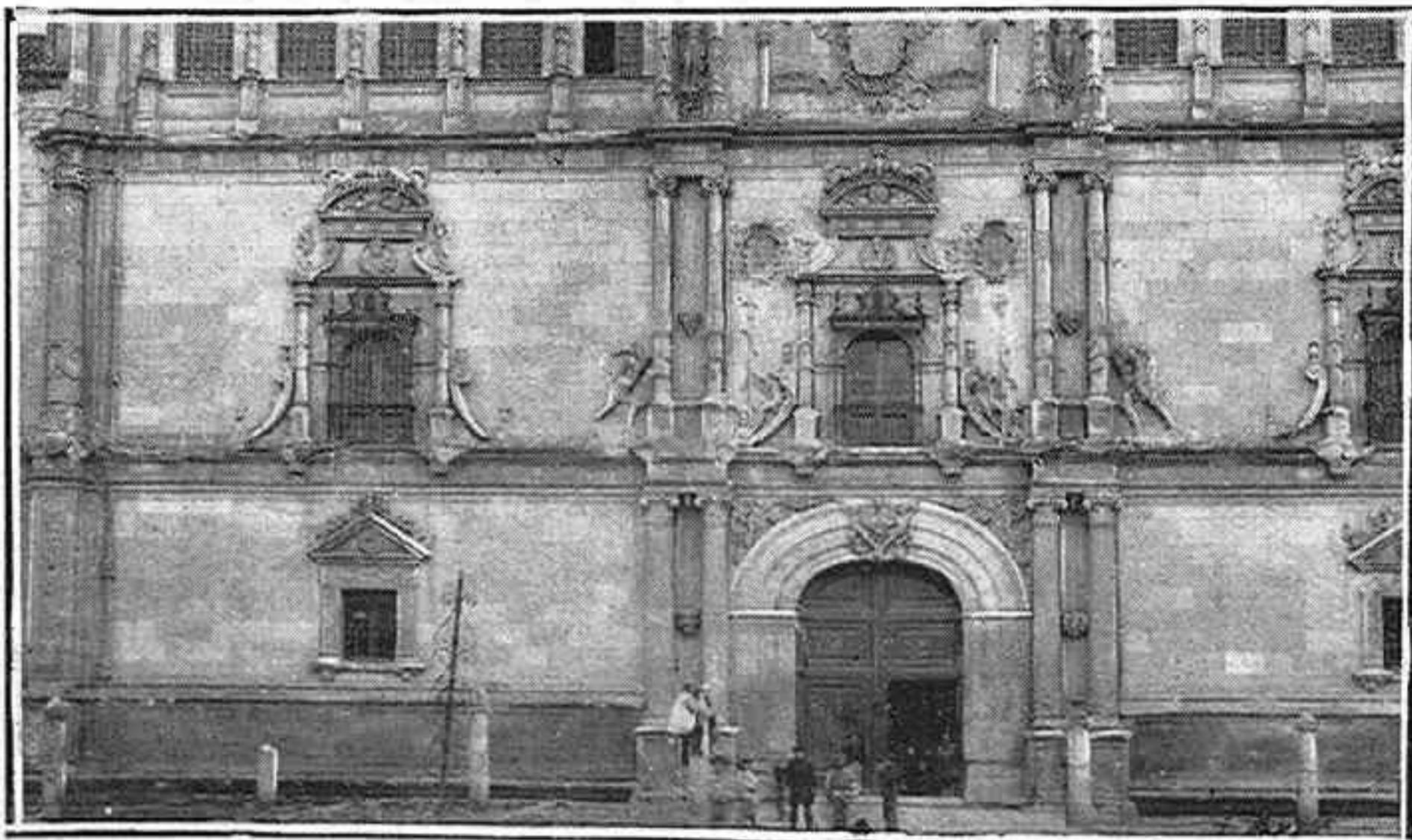
Con respecto á los cursos y ciñéndonos á los estudios de Derecho Civil y Canónico, se dispone que éstos han de durar seis años, debiendo dar diez lecciones, por lo menos, el estudiante en la cátedra cada curso. Los estudios del bachiller duraban tres años.

¿Cómo eran los estudiantes en aquella época? ¿Cuáles sus costumbres?

Hablan las crónicas antiguas de lo que es propio en todas las épocas y en todos los países á la edad moza, y dicen que los estudiantes eran gentes alegres y bizarras, pícaros y enamorados, pendencieros y alborotadores. Y es verdad. ¡Cuántas veces las mudas noches de las altivas ciudades medievales fueron atronadas por las rondallas de escandalosos estudiantes; cuántas veces los virginales sueños de candidas doncellas fueron rotos blandamente por la estrofa amorosa de un estudiante triste, solitario y enamorado; cuántas veces la paz de la ciudad fué ahuyentada por el estruendo y los alaridos de vecinos y estudiantes que, formando bandos, peleaban con encarnizado ardor; cuántas veces un estudiante gentil y despreocupado sumió á un marido en irreparable desdicha; cuántas veces una broma cruel y redomada de la estudiancilla descubrió el regalado acuartelamiento de un canónigo émulo del famoso arcipreste!

Era, en fin, la juventud de siempre; una juventud que desenvolvía sus ilusiones, sus temeridades, sus amores en aquella sociedad medieval, ruda y turbulenta, y, sin embargo, tan admirable.

MARIO HERMIDA



Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares

ESTAMPAS ACTUALES

LAS MUJERES MADRINAS



VEA usted—me dice una amiga—todos los trastornos que me ha producido el seguir su consejo de hacerme madrina de guerra de un soldado. Mi padre, desde que lo supo, me tacha de romántica; mis amigas, de cursi; mis amigos me tildan de estar contagiada de literatura, y, por último, mi novio, que al principio se reía de lo que llamaba «vanidad filantrópica», ha reñido definitivamente conmigo hace tres días...

—¿Y todo por culpa del «ahijado»?

—Precisamente. Después de medio año de correspondencia, el domingo pasado recibí su retrato. Mírelo usted. ¿Verdad que es guapo mi legionario?...

Miré la cartulina, en la que de perfil sonreía un terciario: nariz aguileña, pupila ardiente, mento imperioso, marcial apostura, juventud audaz en el gesto y en los labios...

Miré en seguida fijamente á mi amiga y la interrogué:

—¿Y está usted pesarosa de haber reñido con su novio?

Hizo un gesto rápido como una puñalada, y en él, como la herida de una puñalada, los labios se entreabren desdeñosos: ese gesto irónico y cruel de las mujeres cuando sentencian, indiferentes, el amor de un hombre, y exclamó:

—¡Pchs! París bien vale una misa—y contemplé con delectación el retrato—. Ahora, que yo no sé si mi padre y mis amigas y mi novio—jodorable criatura, siempre nombraba al novio en último lugar!—tendrán razón al decir que es cursilería ó vanidad ó literatura esto de ser madrina de guerra... Al cabo, no creo que está muy bien mantener correspondencia con un hombre desconocido; sin querer, el corazón se interesa, y luego...

—Luego—la interrumpí—, en el caso peor, que á veces es el mejor, ocurre que la muchachi-

ta que empezó á escribir con coquetería protectora, termina enamorada, y que el «ahijado» que escribió por distraer el tedio, acaba despertando al amor... Bueno, ¿y qué?... No veo el mal en todo ello. Estoy seguro de que usted conoce y ama más á ese desconocido que al novio á quien soportó al lado tanto tiempo... Vuestras almas, que al principio se escondieron tras las retóricas epistolares, se han ido mutuamente conociendo ó identificando... La palabra es el don divino del amor... Y el amor tiene su lenguaje especial, que sólo saben hablar ó escribir los elegidos... Un hombre que sabe decir esas cosas absurdas y locas, que son el léxico del corazón, ¿por qué no ha de valer más, ausente y pobre, que el novio que, cerca de usted, no acertó á cantarle en los oídos la canción eterna, tan fácil, cuando el alma se enciende en lirismos y en besos y en gritos, y tan triste é imposible cuando el hastío pesa en el corazón?...

—No, mi linda amiga. Aunque la rutina lo condene y la pobreza espiritual ó la envidia lo teman, no está mal que las mujeres escriban á los hombres solos... Sería un gran bien que cundiera el ejemplo... Guerra es la vida siempre, y lo mismo que los soldados estaría bien que tuvieran sus «madrinas» los presidiarios, y los enfermos de los hospitales, y los artistas pobres, y los inventores anónimos, y, en fin, todos los hombres á quienes la necesidad material ó el aislamiento espiritual hacen estar solos en la vida...

Se está más solo de lo que en general se cree; solo de alma, que es la peor soledad. Y únicamente la compañía de la mujer, con lo que ella, aun en la más pura amistad, encierra de ambición y de deseo, encauzaría muchas vidas... ¡Cuántos hombres vieron esterilizarse las horas de su juventud, y las quimeras de su alma, y las ambiciones de gloria de sus pensamientos, sólo por no tener una compañera, un alma femenina

que fuera aliento y estímulo de la suya!... El hombre es siempre un lobo para el hombre. La mujer es el impulso, la ilusión, el acicate y también el dolor: herida y bálsamo que fecunda el espíritu y templá la voluntad.

¡Madrinas de guerra! En esta guerra de la vida, todos debíamos tenerla... Ellas, con sus cartas ó sus palabras, son la tutela dulce que el hombre desea cuando, por muy curtido que esté su corazón, necesita siempre sentirse niño durante una hora...

Madrina tiene el soldado, conocida ó anónima, y sus cartas son para él placer y distracción, consuelo y esperanza... ¡Cuántos hombres que en la vida pelean no necesitan lo mismo! Unas palabras escritas ó dichas como lenitivo en las horas de dolor... Una mano blanda y piadosa para el reposo y la caricia; unos ojos llenos de ternura y unos labios con promesas de besos...

No es nada y lo es todo... La madrina, la mujer, es el *leitmotiv* de toda la desacorde sinfonía de nuestra vida... Artistas, guerreros, pensadores, ambiciosos, aventureros..., si la sombra de una mujer les acompañara siempre, ¡cuántos fracasos se habrían convertido en apoteosis de triunfo y cuántas empresas que el cansancio desdén se habrían realizado!

Oscar Wilde—por eso era él quien era—dijo que «la mujer nos inspira siempre el deseo de hacer obras bellas, pero nos quita el tiempo para hacerlas».

Supongamos que tuviera razón. Ya sería bastante lo que se ganara. Porque sólo ser capaces de sentir ese deseo—de realizar grandes obras y crear belleza—, si todos lo sintieran, bastaría para hacer á la Humanidad mejor y más justa...

JUAN FERRAGUT

DIBUJO DE PENAGOS

ATLANTA
BIBLIOTECA
MADEIRA

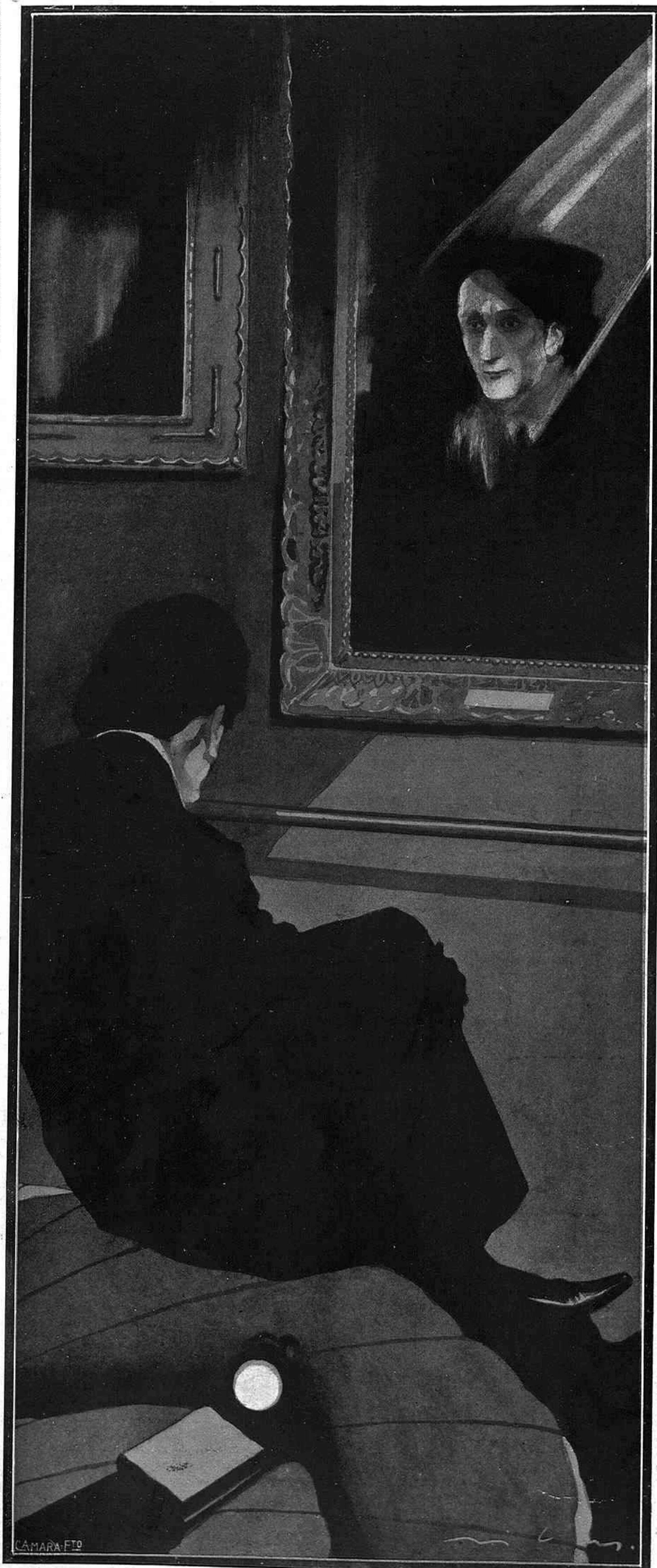
El retrato del Louvre

EL hecho se remonta á una época reciente. Aquel individuo era desde años atrás conservador adjunto al Museo del Louvre, en la sección de pintura antigua. La protección de un pariente lejano le hizo obtener esta plaza. Como en su desempeño se mostrase exacto, modesto, no tratando de medrar, se le perdonaba en las combinaciones de personal. Vivía solo y con poco. No se le conocían ni allegados ni amigos. Procedía de una casa de Saboya asaz pobretona, pequeños gentileshombres de origen toscano, en la montaña de Maurienne. Creció allá, en los bosques de abetos, entre romero y ciclama, hierba silvestre y de menguado cultivo. Su espíritu caviloso, aunque sin ninguna brillantez, se formó con algunos viejos librotos, bajo la dirección de su abuelo, único ser que le amara jamás. Este anciano, retrasado en el otro siglo é imbuído por las doctrinas de Saint-Martin, orientó el tierno espíritu hacia especulaciones peligrosas. Como ocurre á quienes tuvieron una infancia ruda en comunicación constante con la Naturaleza, aquel alma sensible y extremosa estaba siempre, ó metida de lleno, ó muy por fuera de la realidad. Creía en los mundos intermedios; y mientras ningún misterio la asustaba, poseía el temor á la vida práctica, que conocía mal y de la que esperaba poco.

Por otra parte, lo que creyera y pensara no lo sabía nadie á punto fijo. Era un corazón solitario, de acceso difícil. Desde su entrada en el Louvre, se hurtaba á toda relación con sus colegas. Estos le embromaron, por lo pronto, acerca de su semejanza con ciertos retratos italianos, esos estudiantes de Francia ó de Rafael cuya mirada soñadora parece errabundear más allá que el pensamiento de su tiempo. Tenía con ellos, en efecto, un aire de familia. Aunque ya no era joven del todo, sus facciones conservaban la indecisión del adolescente que aún no ha alcanzado el pleno desarrollo. No se podía decir que fueran hermosas: les faltaba algo; pero se sentía que lo serían, una vez cuajadas en su relieve definitivo. Las bromas respecto al «desconocido del XVII» se estrellaron contra su reserva altanera. Quería ser olvidado, lo cual constituye la sola aspiración fácil de lograr de los hombres. Era de los que cruzan por la vida sin prebendas, pero sin conflictos, no pidiendo á la vida nada de lo que los demás codician, buscando únicamente aquello de lo que no se preocupan los demás. Sus camaradas le abandonaron á su humor. Para explicar lo que en él se traicionaba de un tanto bizarro y absorto, los unos decían que había contraído en un viaje á Oriente el hábito del opio ó del *haschisch*. Otros pretendían, con más verisimilitud, que alimentaba un sentimiento contrariado. Durante algún tiempo se le había visto muy asiduo en casa de una persona de gran seducción, admiradísima en los círculos de artistas: era una vana, una coqueta, bella hasta la locura, demasiado aturdida por el ruido de su auge para oír á un alma silenciosa. ¿Era por ella por quien sufría y sufría? No se sabe nunca nada con esas gentes de un natural oculto. En caso afirmativo, la cosa debía de ser profunda é incurable, como las llagas que no tienen desagüe.

Por la época en que los extraños hacían esta observación, se encerró en su Louvre y pareció ocupado sólo de sus cuadros. No se le concedía ni una ciencia sólida ni un gusto muy seguro. Tampoco él se preciaba de ello ni tentábale ningún trabajo especial. Nadie adivinaba cómo pasaba sus horas aquel hombre en las galerías. Quedábase allí, sencillamente, igual que se queda uno en casa con su familia. Un magnetismo le retenía en aquel mundo tranquilo y hermoso. Día á día, se habituaba un poco más á todas aquellas figuras; cada una tomaba á sus ojos más expresión, más vida personal; cada una iba precisando su carácter y su historia. Para conocer mejor esta historia, se puso á leer los rancios libros que la cuentan; bien pronto se absorbió en ella con exclusión de cualquiera otra lectura. Los periódicos se le apilaban sobre la mesa, sin que rompiese sus fajas. El único periódico actual para él era la crónica de Francia ó de Alemania, de Italia ó de Flandes, en la cual encontraba los nombres, las empresas y gestas de sus amigos. No bien se recordaba uno de estos nombres en el relato, sentía él esa pequeña sacudida curiosa que experimentamos cuando vemos mencionada en un rotativo del día á una persona de nuestra intimidad.

Así, su vida se desplazaba y retrocedía; aquel ser trasladaba á otro tiempo toda esa porción de afectos, de intereses, de menudas preocupaciones que componen para cada uno de nosotros la existencia cotidiana. A medida que se fijaba en el pasado, el presente se distanciaba de él, se desvanecía en una niebla; lo veía como vemos la historia, con una mirada lejana y distraída, cuando el azar de una lectura nos saca de nuestro verdadero mundo y nos retrotrae á ese mundo muerto. Los más sensacionales acontecimientos contemporáneos, si por casualidad se enteraba de ellos, le producían esa especie de emoción fría y de curiosidad retrospectiva que nos causan la batalla de Pavía ó el Campamento del Paño de Oro. De tarde en tarde, alguna necesidad de servicio constreñía á rozarse con sus colegas; se presentaba en sus reuniones cual un aparecido de otro siglo, ajeno á cuanto se dijese. Una sola vez se le vió caldearse en el curso de una disputa. Alguien había evocado la fábula de Pigmalión. El sostuvo que era grosera y estaba mal concebida. Según su criterio, el escultor no habría consentido jamás en rebajar su creación hasta un mundo de carne y de miseria; puesto que Pigmalión poseía un poder de metamorfosis, debió usarlo para hacerse mármol él mismo, para reunirse con su Galatea en una vida superior é imperecedera. Como se marchara después de esta salida, se sacaron á colación sus extravagancias. Un filósofo del grupo las explicó así:



—Hay almas mal sujetas á su cuerpo; parece que, por lo que á ellas respecta, el fabricante soberano se equivocara de funda ó que las atornillara demasiado flojas. Descontentas de su vivienda, aspiran á la libertad en el espacio y en el tiempo; pero el muro de contención que nos oprime no deja escape posible sino detrás de nosotros, hacia el pasado. Por ahí es por donde tratan de huir; no pudiendo cambiar de sitio, cambian de época y se creen un tanto liberadas.

Este éxodo sentimental é intelectual no se operó de un modo brusco, á impulso de un repente irrevocable. No se podría analizar aquí, en sus fases inasequibles, hasta la consumación final, esta transposición de todos los pensamientos, de todos los puntos de vista de un hombre. Fué algo lento é indeciso, como una migración de aves cuando giran sobre sí mismas, tornan, vuelven á partir y se arrastran unas á otras hacia un país de añoranza. Por momentos, la corriente de la vida arrebatada aquel despojo á los salvadores que lo habían recogido. Todavía se le vió más de una vez en casa de la persona á quien hacíase el honor de presumir que ocasionaba en él una pena secreta.

—¿De qué fondo sale usted hoy, de uno negro veneciano?

Semejaba, en efecto, alguien de otra parte, llevado allí por una fuerza adversa. Se sabía que continuaba prestando sus funciones en el Louvre, que ningún incidente había modificado su existencia; y, sin embargo, á su aparición en lossalones de aquella dama, cada cual, sin darse cuenta de ello bien, sentía un asombro inquieto, como á la entrada de un viajero del que se nos dijera la víspera que estaba en el centro de Africa.

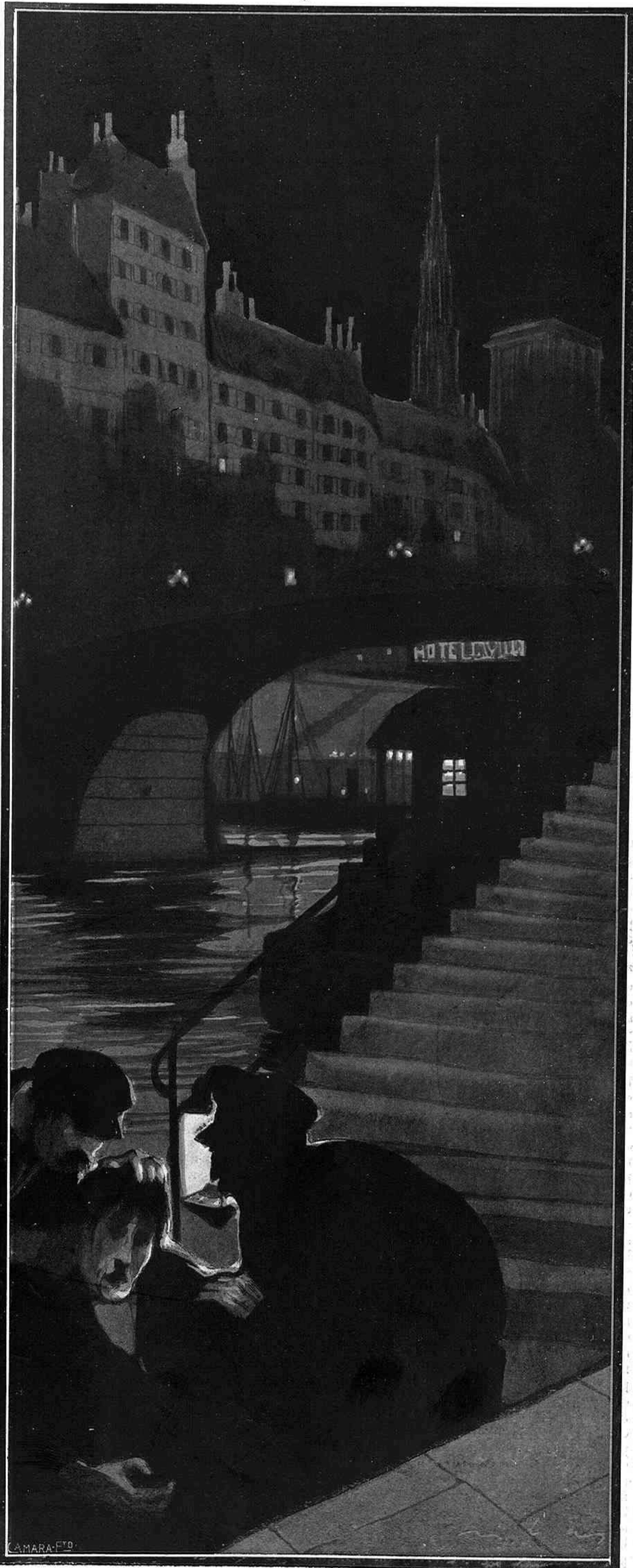
En cuanto á él, después de estas recaídas de angustia, se reintegraba á su asilo, rendido y mohino, semejante á un convaleciente encerrado mucho tiempo en la paz de un cuarto obscuro y que hubiera recorrido un largo trecho á través de las rocas bajo el sol de mediodía. La dulzura sería de sus amigos le tranquilizaba poco á poco. Aquellas recaladas en el presente se hicieron cada vez más raras, sin cesar por completo nunca, ni siquiera cuando una nueva costumbre le apegó más á su familia de adopción. Importunado todo el día por la afluencia de visitantes, á menudo había pensado que sería delicioso ir por la noche, á la hora en que más se necesita la compañía de quien gusta á uno, á encontrarse entre los suyos con toda libertad y soledad. Cierta madrugada los empleados del Museo notaron con sorpresa una luz errante por las galerías. Se inquirió su causa, y se supo era que el conservador giraba una visita de inspección. El hecho no tenía nada de anormal; sólo asombró el verlo repetirse con tanta frecuencia. Casi cada noche tomaba las llaves que hubieron de confiársele, amén de una lámpara con reflector, y se olvidaba de sí en su palacio, tan pronto sentado ante un lienzo favorito como yendo en busca de otro. Dentro del radio de la lámpara, el semblante escogido emergía de las tinieblas, animado y movable en el temblor de claridad que desplazaba las sombras de las sienes y el iris de la mirada. Los párpados palpitaban; los labios de varón se entreabrían para hablar; los labios de mujer para sonreír. Comprendió entonces plenamente cuánto pensamiento hay acumulado desde hace siglos detrás de esas frentes pálidas, cuánta vida hay en esos rostros atentos que no cierran los ojos jamás. Con tales ojos miran á los humanos desde hace trescientos ó cuatrocientos años; ojos que penetraban en los suyos durante las mudas entrevistas de la madrugada, le escudriñaban hasta el fondo del alma, se la extrañan y la bebían insensiblemente, como hacen los ojos que aman cuando vacían á un alma de toda su substancia. Estos colquios nocturnos no le producían nunca un estremecimiento ni una molestia. No sentía entre aquel pueblo otra cosa que confianza y bondad. Para él, los retratos del Museo no eran fantasmas, sino vivos mejores. Si le acontecía evocar á los vivos de carne y hueso, los veía á la sazón cual ridículos autómatas. La verdadera vida, con toda su potencia, respiraba allí, en el negro silencio de la galería grande; él sufría su presión creciente. Una presencia llenaba aquel lugar. El conservador prestaba atento oído con un ademán involuntario, como si tanto pensamiento debiera hacer algo de ruido. Horas no más caían del reloj disimulado en la sombra al fondo del largo claustro: no tenían la voz de las horas contemporáneas, que empujan al hombre y le apremian á obrar; no pedían nada; contaban el tiempo hacia atrás, débiles y gastadas, como habiendo servido mucho. No las escuchaba; únicamente la lividez de su lámpara en el fulgor del alba le recordaba que era preciso abandonar aquel santuario del reposo.

Al día siguiente, cuando la muchedumbre entraba en el Museo, era siempre algo penoso é inesperado. Aquellas criaturas de otra raza, bruscas y pesadas, apasionadas y locuaces, le inquietaban á modo de aparecidos que surgieran en un mundo real. Las contemplaba en la disposición que nos hallamos cuando estudiamos á los personajes pintados: una mezcla de severidad crítica y de despego. No se preguntaba lo que tal visitante opinaría de tal retrato, sino lo que el retrato opinaría del visitante. Por lo general, aquella muchedumbre se le antojaba vista en un gran retroceso vago y decrecido, un pueblo extraño que se abandona y cuyo murmurio indistinto muere detrás de nosotros.

Este desdoblamiento de su existencia no se efectuaba sin una intensa fatiga física, demasiado perceptible en sus facciones demacradas, en toda su persona enflaquecida. No se podía decir que se desmejorara; al menos, no era ésta la palabra que le venía á uno al espíritu examinándole; más bien se diría que iba despojándose con dificultad de una envoltura molesta. La buena de la asistenta que le servía, sobresaltada por semejante cambio, le dijo una vez:

—¡Dios mío! De veras juraría que el señor se ha convertido en una de sus pinturas y que no tiene ya más que lienzo en lugar de piel. ¡Se vería al trasluz!

Esta observación no le entristeció ni le asustó; incluso sintió con ella un halago extremado.



CAMARA-ETC

Una noche de Diciembre, en tiempo de luna nueva, cuando comenzaba su visita usual, alguna ráfaga de aire le apagó la lámpara en los umbrales del salón Cuadrado. No intentó volver a encenderla, de tan encantadora como era la columna azulenta que descendía de los techos encristalados, recta en el vacío de la larga galería. Esta luz de limbos parecía la luz natural de los que habitaban allí. No se asombró de distinguirlos, aunque la claridad dejaba en tinieblas las paredes en que estaban colgados los cuadros. Abrazaba de una ojeada las figuras conocidas, que adelantábanse por el espacio iluminado. Las veía á todas y desde muy lejos, como destacadas de su plano. Las perdía y las encontraba en una movilidad perpetua. Aparecían unas, desaparecían otras. ¿Era la luna que caminaba, los nubarrones que la velaban, el juego caprichoso de las luces y de las sombras? No trataba ya de comprenderlo. El, que tan bien sabía que vivía todo aquel mundo, ¿cómo iba á maravillarse de verlo en movimiento? No se asombraba siquiera de la señal cierta de vida, cuando un traje ó un manto proyectaba sobre el suelo una sombra, aunque muy ligera, muy diáfana. Se abandonaba á la embriaguez de aquel baile silencioso, persiguiendo en su fuga á las sombras familiares. Estas se mezclaban en agrupamientos nuevos: reconocía juntas al extremo de la sala gentes de Venecia, gentes de Florencia, burgueses flamencos, santos españoles. En torno á las vírgenes, religiosos en éxtasis; al lado de las damas hermosas, hombres aglomerados para contemplarlas con ojos venturosos, sin turbación y sin deseo, recogidos en una felicidad cabal. Más que nunca leía en todos aquellos rostros el júbilo interior de un pensamiento ininterrumpido, la gran dulzura de vivir en paz, en el olvido del mal y de la cavilación. Los envidiaba, pero sin amargura, y se sentía muy cercano á ellos, ganado por su tranquilidad; solamente habría querido una mayor comunicación con sus personas, y que eso no finalizara jamás.

En las noches siguientes se renovó la fiesta. Cada vez se aproximaban un poco más las criaturas fraternales y parecían admitirle más gustosas al misterio de sus reuniones. No habría podido decir él lo que hacía durante la jornada; estaba muy cansado, sumido en una semi-somnolencia, insensible á las cosas exteriores.

Vino el día de Navidad. En su espíritu se despertó un recuerdo, la idea de una obligación enfadosa que cumplir. Esta idea volvía de muy lejos, de una existencia casi abolida, como la carta que se recibe en un país en donde se residiera antaño. Salió. La agitación ruidosa de la muchedumbre una vez más le sacó de quicio por un instante; la ola de la vida presente le arrollaba de nuevo.

En la casa donde reaparecía después de larga ausencia se le demostró sorpresa, luego desdén. Hacía á los otros y se hacía á sí propio el efecto de un muerto que vuelve en busca de su sitio, ocupado por los herederos. Todo era para él sufrimiento agudo, llaga reabierta, cerca de la persona cuya alegría cruel le runruñeaba en los oídos. El brillo de esta belleza, la voz, la risa, el perfume, resultaban fuertes con exceso para su organismo habituado á sensaciones infinitamente tenues. Suplicio intolerable el suyo; lágrimas humanas subían á aquel corazón al margen de la Humanidad, demasiado abrumadoras, demasiado quemantes para él. Huyó. Se avecinaba la noche, anegando la ciudad, toda descolorida bajo una capa de nieve. Y corrió maquinalmente á su refugio.

Entró por la galería de Apolo. La luna se alzaba detrás del viejo París, transfigurado bajo su velo blanco. Vertía en las anchas ventanas esquinadas haces de luz oblicua; esta luz había recogido toda la albura esparcida en los tejados, en los muelles, en el río que rodaba su agua pálida al pie del Louvre. La claridad elísea, en la cual flotaba un poco de bruma, bañaba la profundidad de las salas; se diría menos una noche que un alba enferma. Por las puertas abiertas vió todas las queridas figuras que le llamaban con su gravedad indulgente. Á esta acogida, cayeron de su corazón las recientes impresiones ingratas. Despertaba después de una pesadilla, recobraba el equilibrio de su espíritu en medio de aquella sociedad inmaterial que, como en noches anteriores, se movía armoniosa y libre. Mientras él la miraba, las líneas duras y pesadas, murallas ó techos, se desvanecían tras horizontes ilimitados; bosques y campos de trigos verdes, acariciados por los soles lluviosos de Ruysdael; lagunas gri-

ses de Canaletti; mares adormecidos de Van der Neer; paisajes de la Umbria, soñados por Perugino, con sus fondos de montañas cerúleas y sus espectros de árboles con finas hojuelas de oro, esbeltos cual los helechos de un mundo primitivo. Recorría por turno estos países quiméricos, que se mezclaban en combinaciones cambiantes con la silueta de la ciudad de nieve entrevista allá lejos. El tiempo estaba parado; no lo marcaba el reloj. Y esta parada del tiempo dábase la impresión de una victoria definitiva sobre la miseria humana. Pero, ¿qué rumor turbaba el silencio acostumbrado? El son de las campanas, sin duda, transmitido al filo de la media noche por las iglesias, frágil y débil como un suspiro; así el repique de un campanario remoto descende en el invierno hasta el hogar por la alta chimenea y parece venir derecho del cielo. ¿Acaso llegaba asimismo el suspiro del órgano de San Germán el Auxerrés? No. Era más dulce que el órgano y más tímido que la campana, susurro del viento en un pantano de cañas que euclichean al unísono. Y he aquí que distinguía palabras con desinencias alemanas ó italianas; pero, aunque poseía estas dos lenguas, no comprendía: eran palabras incorpóreas, de sentido fugitivo.

Puso en juego todo el esfuerzo de su atención, y al fin, conforme amenguaba el paso bajo la mirada envolvente de la Gioconda, sorprendió un llamamiento en un hábito: «Realiza tu ensueño con nosotros.» Más allá los dos viejos alquimistas de Rembrandt leyeron en sus libros: «Tenemos los secretos de vida.» El Carlos I de Van Dyck murmuró: «Aquí se resucita y se reina.» Una Virgen de Rafael habló más distintamente: «No hay sino una senda para venir á nosotros: el sufrimiento. Tú estás al cabo. Ven.» Entonces él se encaró con la grata compañía que se anima alrededor de la mesa en las Bodas de Caná y exclamó, con las manos juntas:

—¡Oh! Recibidme en vuestra paz eterna. Defendme contra los vivos. Me noto vuestro. ¡Hacedme sitio en medio de vosotros!

Hubo cabezas que se inclinaron; se le sonrió desde todas partes, se le tendieron manos de tacto menos sensible que un aliento. Le arrastraban hacia la gran luz, por la galería de Apolo, en la que el cortejo de los nobles seres se desparramaban ante él. Pero la galería se borraba; las formas errabundeaban en el espacio blanco, sobre el agua del río, que subía con una crecida lenta, allí donde un rato antes abríanse las ventanas. ¿Era el agua, la claridad líquida de la luna ó la de todas aquellas miradas apoyadas en su persona? No lo sabía; seguía á los tales personajes por el camino vago, perdido con ellos en aquel elemento que penetrábale de una frescura deliciosa. Algo pesado manaba de él sin cesar: era el sufrimiento; algo ligero entraba: era la paz. Sus restos corporales desfallecían suavemente en el fluido que le invadía, pasando de sus labios. Sentía cómo iba tornándose sutil, transformado y vacío cual ellos; vacío al fin de todo sufrimiento, mientras le entraba todavía paz, siempre paz...

.....
Unos lazos misteriosos ligan cuantos fenómenos se producen dentro del mundo en un momento dado. Cuando se abriga la persuasión de esta verdad se puede hallar mucho sentido en el revoltijo del periódico, ese espejo que refleja confusamente todos los sucesos de la vida contemporánea.

Hojeando los periódicos de la época, hemos recogido en un mismo número, con la fecha del postreg día de Diciembre, estas informaciones dispersas en la ola de noticias cotidianas: «Señalábamos últimamente á nuestros lectores la desaparición de un conservador del Louvre. Se sigue sin nuevas de este funcionario. Llevaba una vida muy arreglada; sus colegas agotan las conjeturas. Hoy se ha podido creer por un instante que se tenía la clave de este enigma. Unos marineros sacaron anoche del Sena, según se sube hacia el puente de los Santos Padres, un cuerpo irreconocible por completo; algunas particularidades del traje y las marcas de la lencería concordaban con las del desaparecido; pero las facciones están desfiguradísimas para que se deduzca nada de tan débiles indicios. Hay, por cierto, una gran objeción: la ausencia del señor X... se remonta á cinco ó seis días lo más, y los médicos han declarado que el cuerpo sometido á su examen estaba privado de vida desde hacía varias semanas. En la duda, el señor subsecretario de Bellas Artes había decidido hacer celebrar las ex-

quias en San Germán el Auxerrés; á última hora, empero, nos enteramos de que se ha diferido este proyecto por falta de pruebas suficientes para establecer la identidad.»

Un poco más adelante se lee en la crónica de arte: «Dentro de algunos días tendremos el placer de admirar una obra maestra de la escuela italiana con la que nuestro Museo Nacional acaba de enriquecerse por un verdadero milagro y que nos envidiará toda Europa. Entre los cuadros sometidos este año á la operación del entretelaje, la Administración había designado un retrato de desconocido, bastante mediocre, pintura burda y sin estilo que le asombraba á uno encontrar en las colecciones del Louvre. Examinándola de cerca, el entretelador advirtió que una figura más antigua estaba disimulada bajo los retoques groseros añadidos por una mano extraña. Uno de nuestros hábiles restauradores desembarazó de esta sobrecarga el lienzo; después de llevar á buen término este trabajo delicado, se hallaron en presencia de un retrato nuevo, obra soberbia en que los expertos no vacilan en reconocer la manera de Leonardo de Vinci. Algunos rasgos del desconocido no están más que esbozados, lo cual explica quizá el sacrilegio que un alumno del maestro se permitiera; la fisonomía, sin embargo, es admirable de expresión y de vida, con esa serenidad que distingue á las composiciones del gran pintor toscano. En la Memoria que acaba de escribir acerca de este hallazgo el señor subsecretario de Bellas Artes, dice muy atinadamente: «Nos ha parecido que un alma, desprendida de su envoltura por fin, se revela á nosotros con su plena libertad y su belleza.»

Todo el mundo ha admirado el retrato del Louvre y suscrito ese juicio. ¿Es, en realidad, una creación de Leonardo? Como todas las obras de arte que ostentan el don supremo de la vida, carece de fecha, puesto que cae por fuera del tiempo. La primera vez que la vimos, algunos entendidos parados delante de ella escuchaban las chuscadas de un viejo pintamonas.

—La superioridad de estos seres—decía—consiste en que tienen todos nuestros pensamientos, todos nuestros sentimientos y otros muchos aún; solamente que los tienen más ligeros, sin fatiga; mientras los pensamientos nos desasosiegan, en ellos reposan... Respecto á lo que me contáis de haber visto esa cara en alguna parte, siempre ocurre así con los tipos de belleza cabal: se cree haberlos visto en alguna parte y los lleva uno en sí. Os remito á Platón. ¡Ni más ni menos que esa otra, un nuevo tipo preexistente para condenación nuestra!

Y mostró con el ademán á una estupenda mujer que pasaba, rodeada de un grupo de artistas, dando el brazo á un hombre mayor que ella, padre ó marido. Reía muy alto, sintiéndose reina bajo las miradas de admiración que la seguían. Delante del cuadro se desvió súbitamente.

—¡Vaya!—repuso—También yo he visto esa cara en alguna parte; pero menos correcta. ¡Oh! ¡Qué hermoso retrato! ¡Cómo me gusta! Lo necesito. ¡Daría no sé qué por poseerlo!

Su acompañante sonrió.
—Ese es el único de tus caprichos que no se verá satisfecho. Los que entran aquí son sagrados y están asegurados contra los antojos. El Estado les garantiza una concesión á perpetuidad.

—Y yo te digo que me seguiría si le dejasen. ¡Observa cómo se enganchan sus miradas á las mías!—continuó ella, alejándose.

—Es la ilusión óptica corriente. Siendo de Vinci, no hay por qué asombrarse de que ese retrato tenga la mirada circular de la Gioconda.

—¡Cállate! Es á mí á quien buscan sus ojos; bien lo noto. Se diría que se humedecen; en poco está que no lloren.

El resto de la conversación se diluyó en su risa.

El viejo pintamonas encogióse de hombros.
—Ya la oís. No le basta con atormentar á los vivos y se imagina que hará brotar lágrimas de esos ojos inmortales.

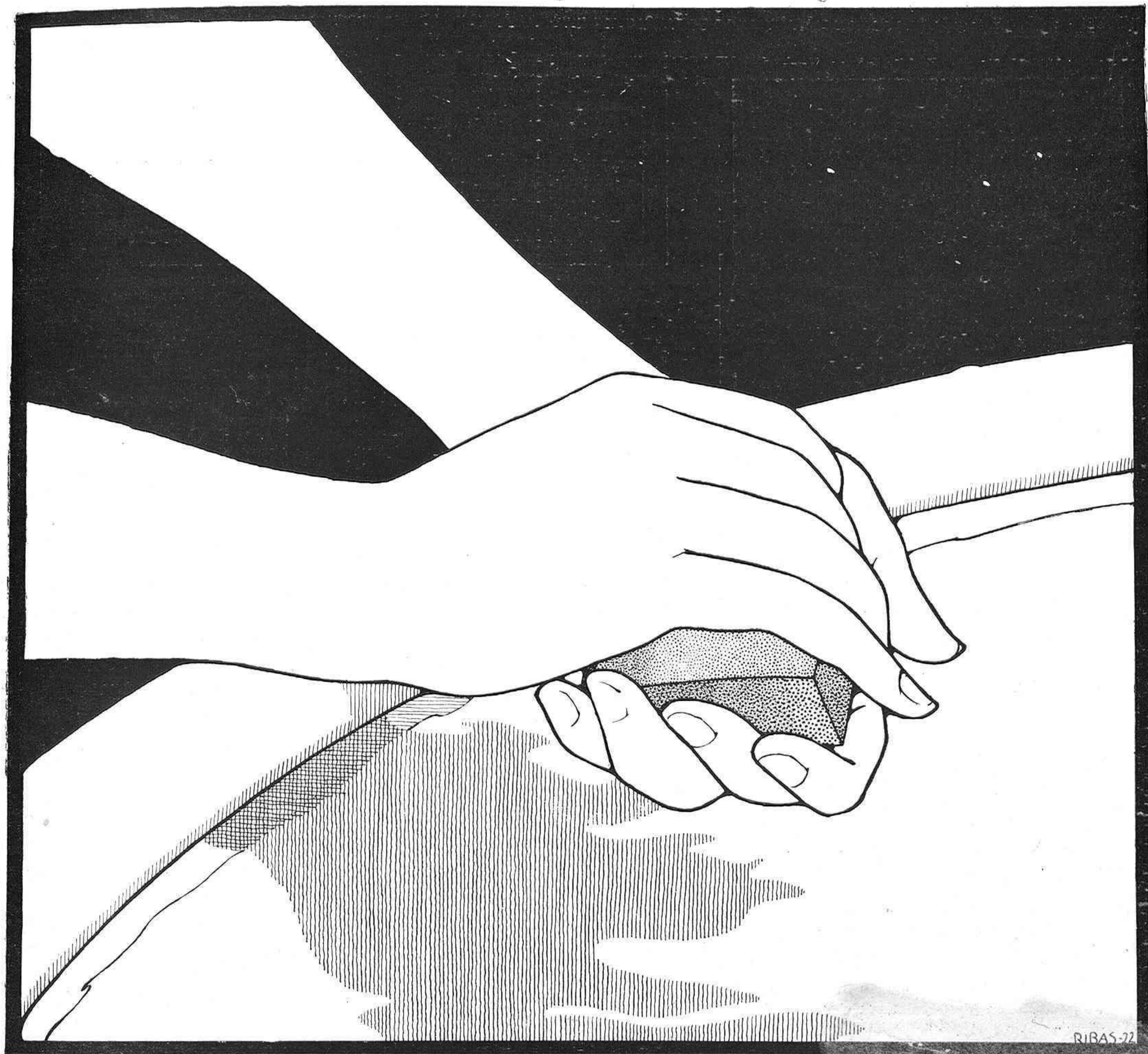
Conforme hablaba, contemplábamos el retrato. ¿Era también una ilusión óptica? Durante un momento nos pareció que una llama triste había enturbiado las pupilas en aquel rostro tan tranquilo.

EL VIZCONDE E. M. DE VOGUE

(De la Academia Francesa.)

Traducción de Germán Gómez de la Mata.

Dibujos de Ribas



RIBAS-22

EL JABÓN HENO DE PRAVIA

es el jabón que pone las
manos blancas y suaves.

PASTILLA 1.50

En todas las Perfumerías, Droguerías y Farmacias de España.

P E R F U M E R I A G A L - M A D R I D



RECUERDOS
AQUELLA MUCHACHA...

CUÁNDO la vimos por vez primera, y acaso única? En la broza de los recuerdos no puede destacarse suficiente la impresión causada cuando la bella imagen vino á posarse ante nuestros ojos. Las fechas se confunden, las referencias se entrelazan, y todo es confuso y borroso. La recordamos; su imagen sigue apareciendo de vez en cuando en nuestra imaginación, y luego se esfuma y desaparece. Siempre terminamos con la misma frase recordatoria: «Aquella muchacha!...»

¿Cuántas muchachas viven ignorantes de la admiración muda que por ellas sintieron los hombres? ¡Oh, si ellas lo supieran!...

El corazón viajero se siente un día fuertemente golpeado ante la presencia de una belleza ignorada hasta entonces. Es al volver una calle, en un palco del teatro, en la terraza de un casino veraniego, en la feria de Sevilla, en un trayecto ferroviario, en una fiesta de caridad, en cualquier parte. Surge la imagen soñada, hierre los sentidos, ilumina durante un espacio de tiempo, siempre corto, una existencia que pasa. Queda la frase; permanece el recuerdo, que asoma vivo y penetrante de tiempo en tiempo, y luego una vaga sombra en el espíritu del hombre que adoró breves instantes á la belleza incógnita, y la distancia, el tiempo y el no volver á encontrarse nunca aquellos dos seres que por unos instantes fueron el uno para el otro, y cuya vida de relación fué atrozmente efímera.

Preguntad á todos los hombres. Todos os dirán lo mismo: «Sí, efectivamente; aquella muchacha, ¿quién era? ¿Qué habrá sido de ella?»

Todos encierran su secreto; todos recuerdan una figura femenina aparecida á lo largo de su existencia, y á la que han dedicado un culto de altar, insospechado, por la imagen adorada.

«¿Hubiera sido feliz con ella? ¿Me hubiera amado? ¿Quién era? ¿Quién es?»

El tema es el mismo y eterno á través de cuantos sintieron el choque de la belleza; la idea es idéntica, y el recuerdo imperecedero. Lo principal de esta permanencia es la ilusión, el apartamiento de toda idea que pueda borrar y desdibujar el rostro que tan fuertemente nos impresionó, y la creencia de que aun estando todas las cosas de la Naturaleza sujetas á las leyes inquebrantables de la mudanza, únicamente el ser admirado permanece intacto, incólume, y en el estado de belleza que habrá de impresionarnos.

He aquí la *dolora* de Campoamor:

—Santo Dios, ¡y éste es aquél!
—Dios mío, ¡y ésta es aquélla!

Eso no será; no afecta en nada para «aquella muchacha» que vimos fresca y lozana cual mañana primaveral; ella no puede haber cambiado; ella no era humana, era un símbolo.

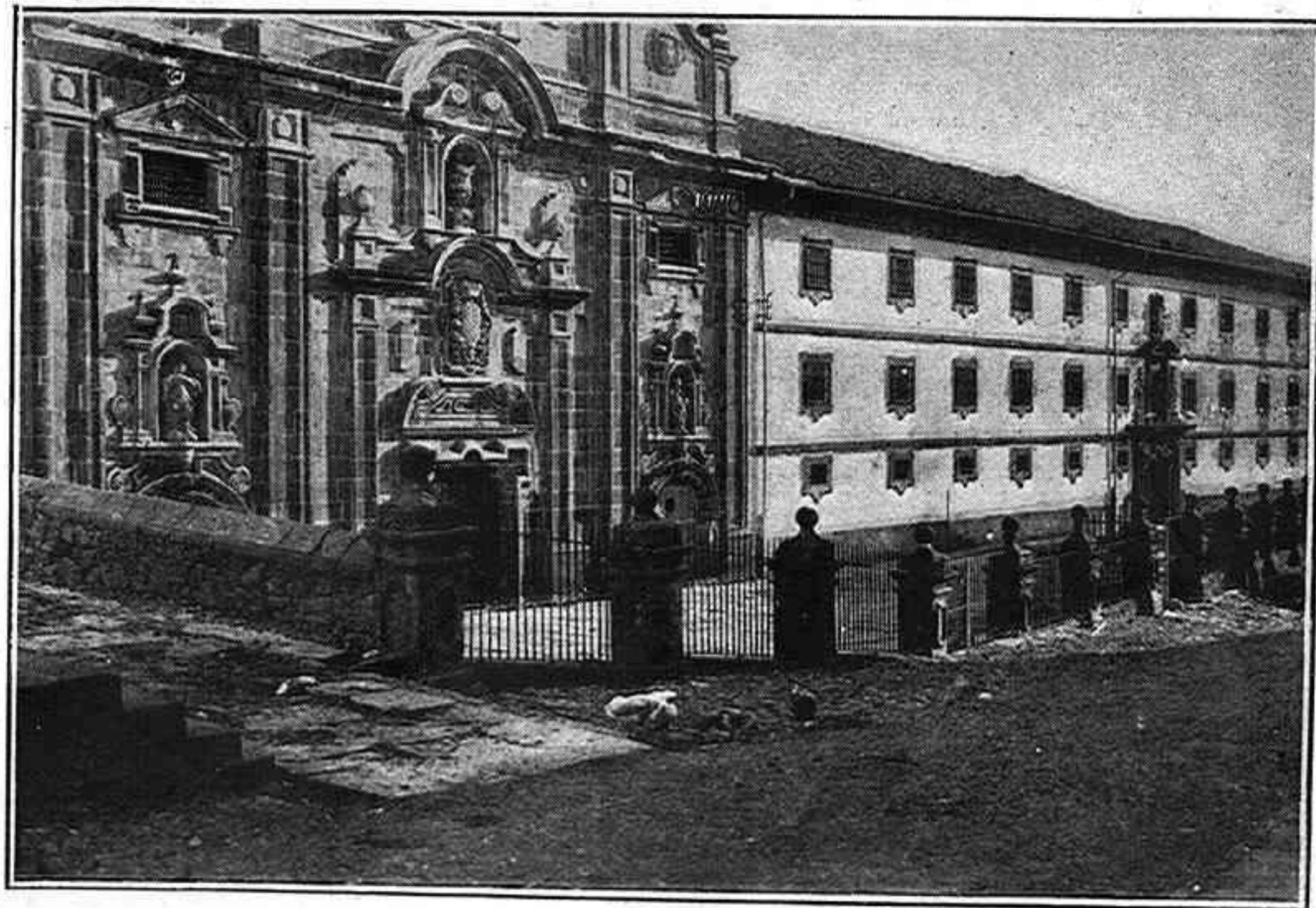
Y, sin embargo, no es así. A lo mejor hemos vuelto á tropezar en la vida con la linda muchacha cuyo recuerdo cultivamos, la hemos tenido á nuestro lado y los ojos se han posado con indiferencia sobre su rostro y su cuerpo, que nada nos dicen. El corazón ha callado; ninguna voz interna nos ha puesto en posesión de la verdad para descubrimos la transformación que el tiempo y la vida han obrado sobre aquel recuerdo perenne, y nosotros, de tiempo en tiempo, seguimos repitiendo monótonamente lo mismo: «¡Aquella muchacha! ¿Quién era? ¿Qué habrá sido de ella?»

Y la ilusión mantenedora de la ficción lanzará carcajadas que nosotros no oiremos...

A. R. BONNAT

DIBUJO DE ECHEA

ESPAÑA PINTORESCA



Iglesia de Arizcún, en el Baztán



Plaza de Arizcún, en el Baztán

FOTS. CÁMARA

V I G O



Líneas directas entre **VIGO-BRASIL-URUGUAY Y ARGENTINA**
VIGO-CUBA-MÉXICO
VIGO-BREMEN-HAMBURGO
VIGO-BREMEN-NORTE AMÉRICA y EXTREMO ORIENTE

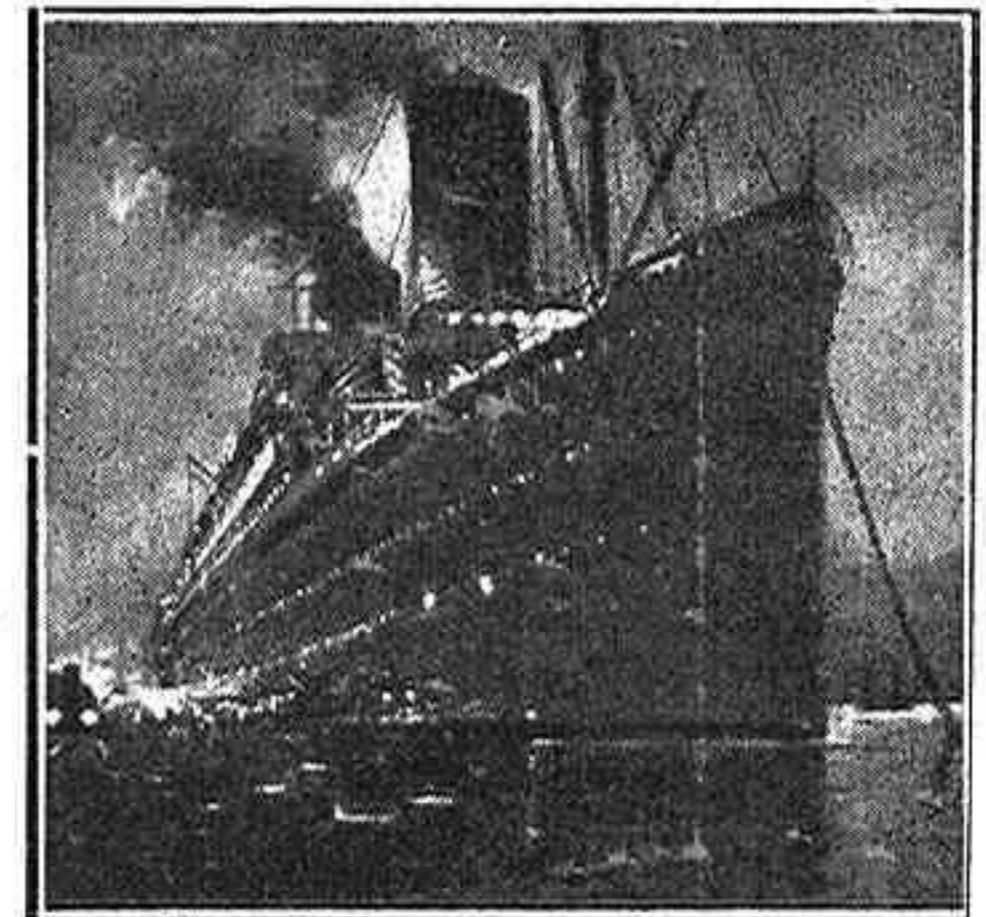
Servicio de aviación combinado entre Alemania, Inglaterra, Dinamarca y Rusia.

Salidas mensuales de Vigo y Villagarcía para BRASIL, URUGUAY, ARGENTINA y CUBA.

30 de Agosto, vapor **SIERRA NEVADA** Primera clase y tercera
 27 Septiembre, » **GOtha** Clase intermedia y tercera
 18 de Octubre, » **KOELN** » » »

LÍNEA DE CUBA

24 Septiembre, vapor **WERRA**..... Cámara y tercera clase
 22 Noviembre, » **HANNOVER**..... » » »



Agente general en España:

LUIS G. REBOREDO ISLA

Oficinas en VIGO, VILLAGARCÍA y BUENOS AIRES

Dirección telefónica y telegráfica: NORDLLOYD.—Code A B C 5th. edition

BANCO DE VIGO

FUNDADO EN 1900 Capital desembolsado: Pesetas 5.000.000

Sucursales y Agencias en
 Pontevedra Tui
 Santiago Marín
 Orense La Estrada
 Villagarcía Ribadavia
 Monforte Verín
 Celanova Barco de Valdeorras
 Chantada Noya
 Carballino Puebla del Caramiñal

Dirección telegráfica: "VIGUES" — Domicilio social: A. G. Barbón, 2, VIGO



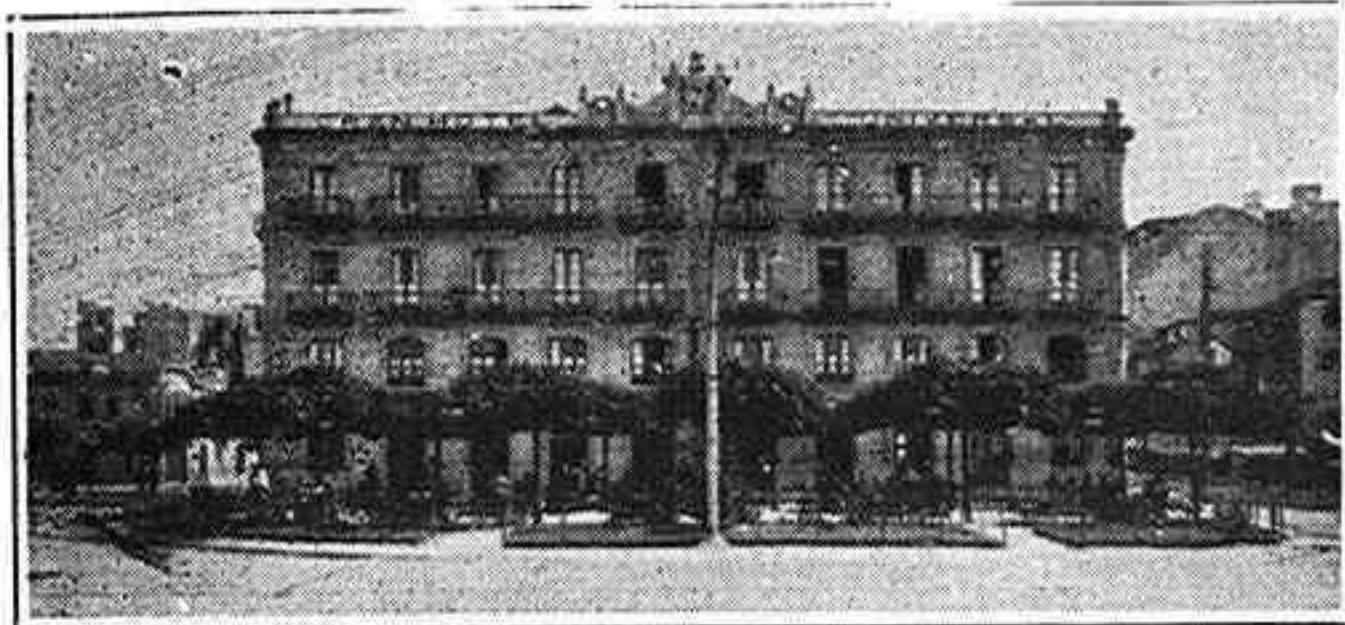
RAMIRO VÁZQUEZ

Arenal, 12 VIGO

EXPORTACIÓN DE VINOS GALLEGOS

Tostado "Concepción Arenal"

Gran Premio y Medalla de Oro: Exposición de Milán de 1921



Fachada del hermoso edificio del "Hotel Universal"

Hotel, Restaurant y Café Universal VIGO

Propietario exclusivo:
JULIO RICO

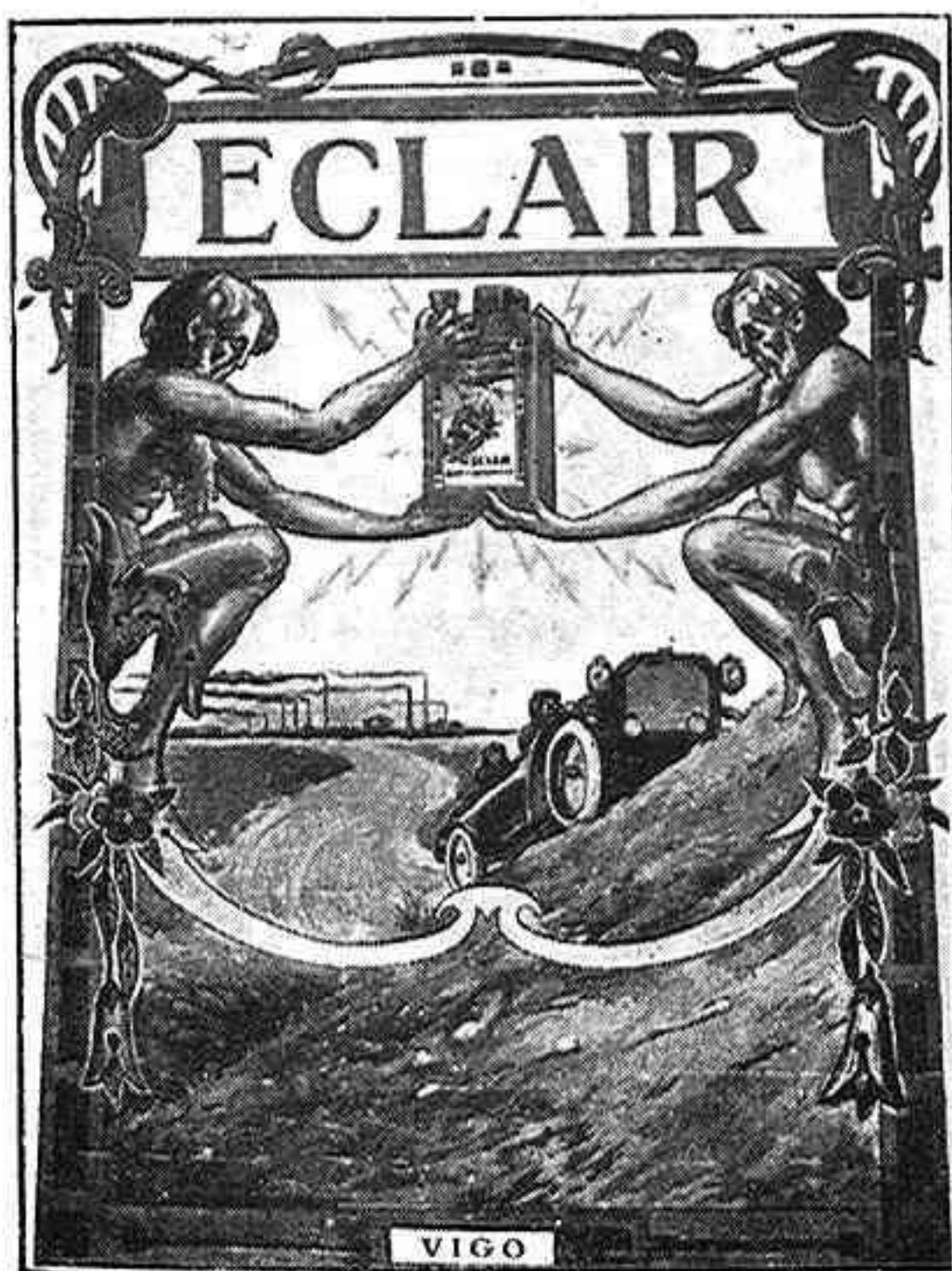
: Confort moderno :
Baños : : Teléfonos
Amplias y lujosas habitaciones
TERRAZA

Hospedaje completo desde 10 ptas.

"LA TOJA"

JABONES
SALES
LODOS
AGUAS

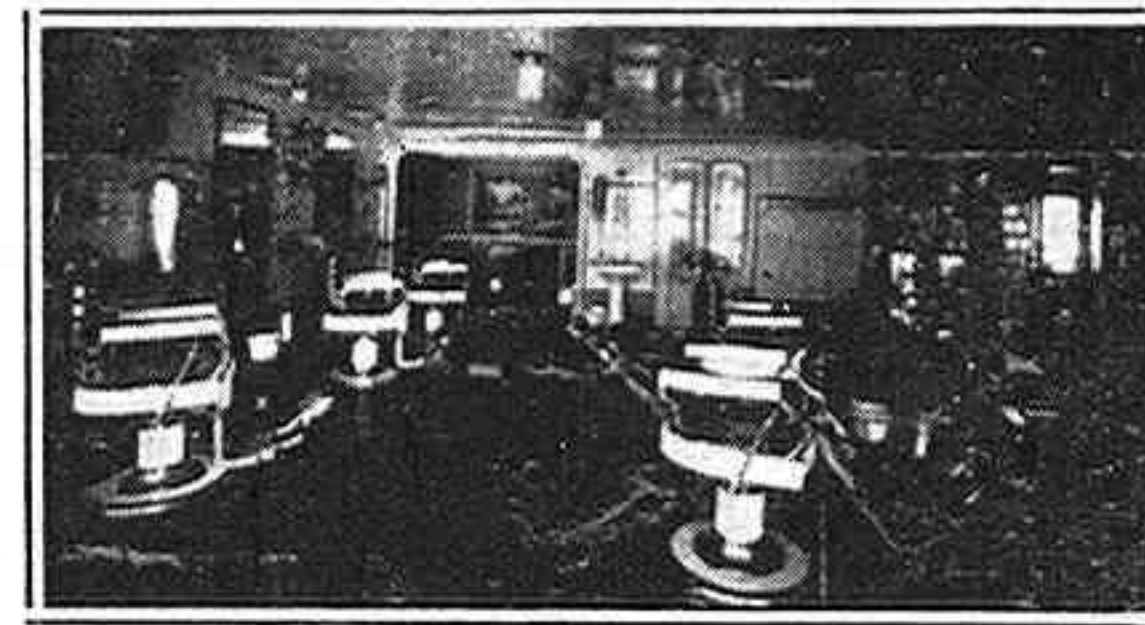
Sociedad Anónima "LA TOJA"
PONTEVEDRA: Garcia-Camba, 30



ECLAIR

Importadora de aceites
minerales lubricantes
de Pennsylvania (E. U. A.)

Urzáiz, 15
VIGO



Vista general del Salón de Peluquería de los Sres. Pérez Hermanos

PELUQUERÍA Pérez Hermanos

Puerta del Sol, 8. - VIGO

Esta Casa cuenta con todos los adelantos de higiene y aparatos para masajes eléctricos

Gran surtido en perfumería fina

ELEGANCIAS

SE VENDE EN VIGO EN CASA DE

D. Arturo Barrientos
y D. Manuel Vázquez

"PUBLICITAS"

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

Publicidad para todos los ramos

Por todos los medios

Para todos los países

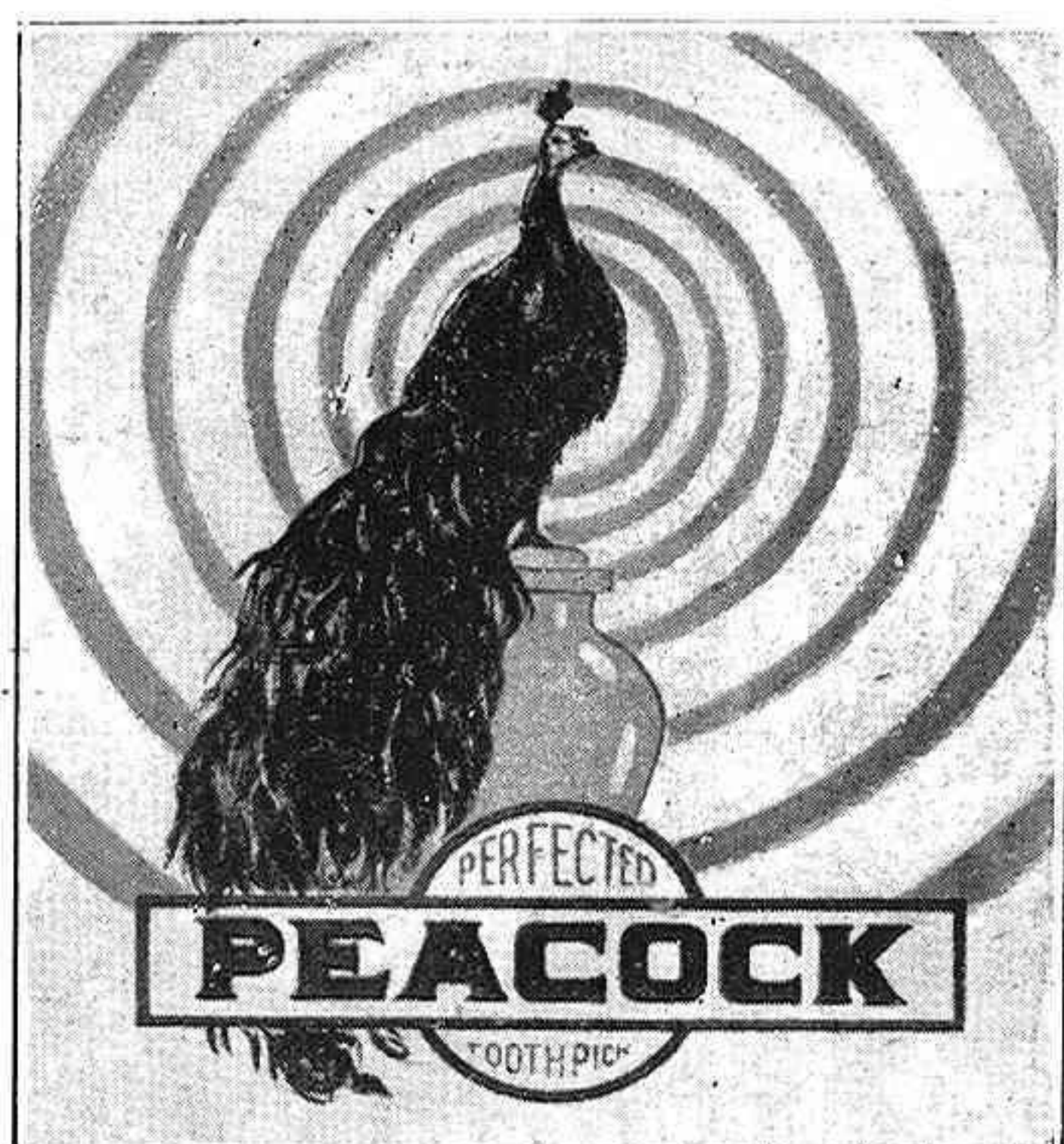
MADRID: Avenida Conde Peñalver, 13, entl.º—Apartado 911

BARCELONA: Ronda San Pedro, 11, pral.—Apartado 228

Secciones técnicas: "HELIOS"—"FAMA"



LA CORUÑA



Manuel Zapata y Zapata

REPRESENTANTE GENERAL EXCLUSIVO

PANADERAS, 13
LA CORUÑA (España)

Dirección postal: "Panaderas, 13. - La Coruña"

MOTORES



"ELLWE"

DE ALTA PRESIÓN □ SISTEMA DIESEL SIMPLIFICADO

Puesta en marcha instantánea sin lámpara

Sin inyección de agua al interior

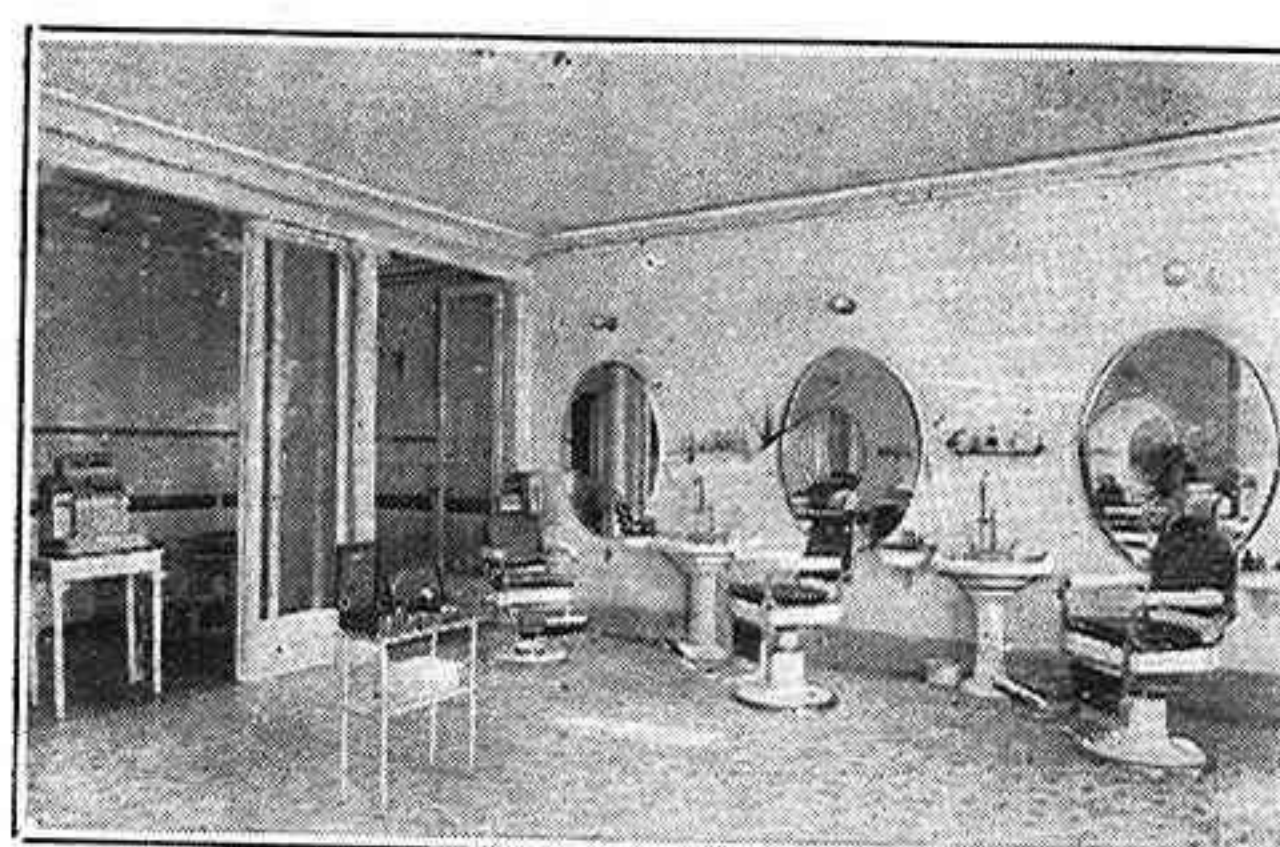
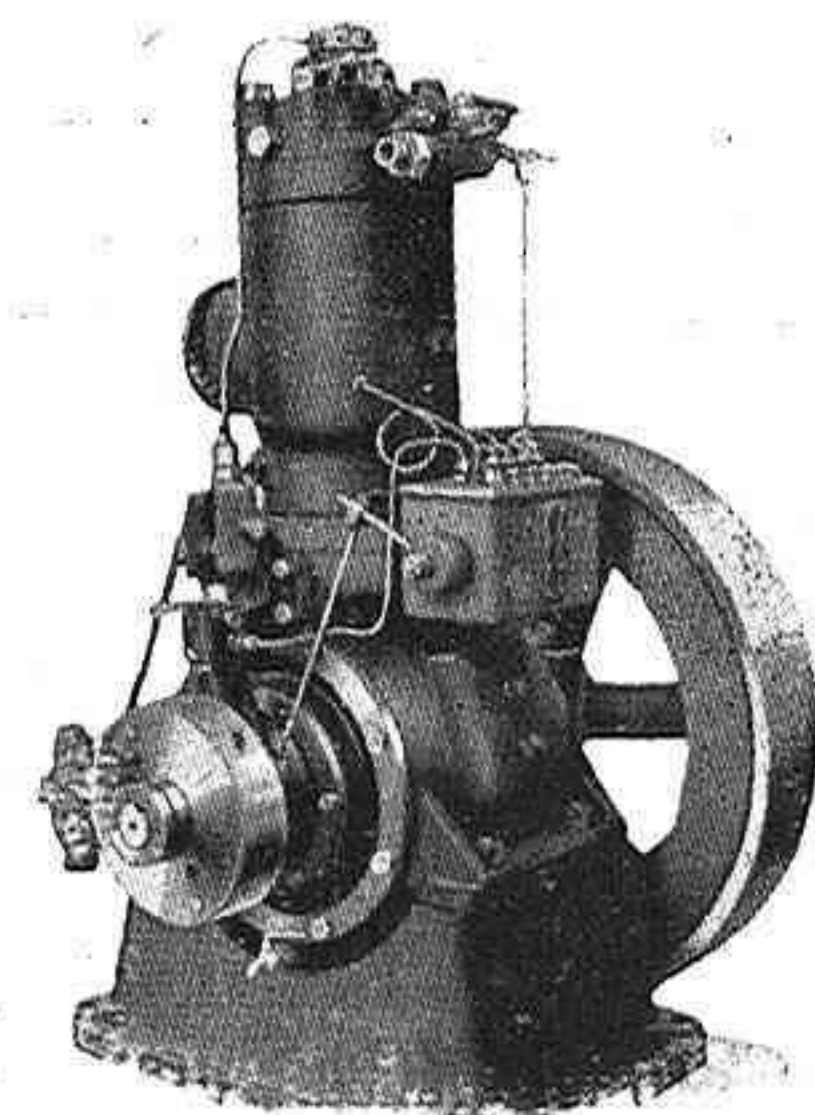
Regulador automático, sistema centrífugo

*Consumo máximo de aceite combustible:
220 gramos por caballo-hora a plena carga*

Agentes en España y Portugal:

TALLERES "AGO" CONDE & C.º (S. L.)
LA CORUÑA Apartado 17

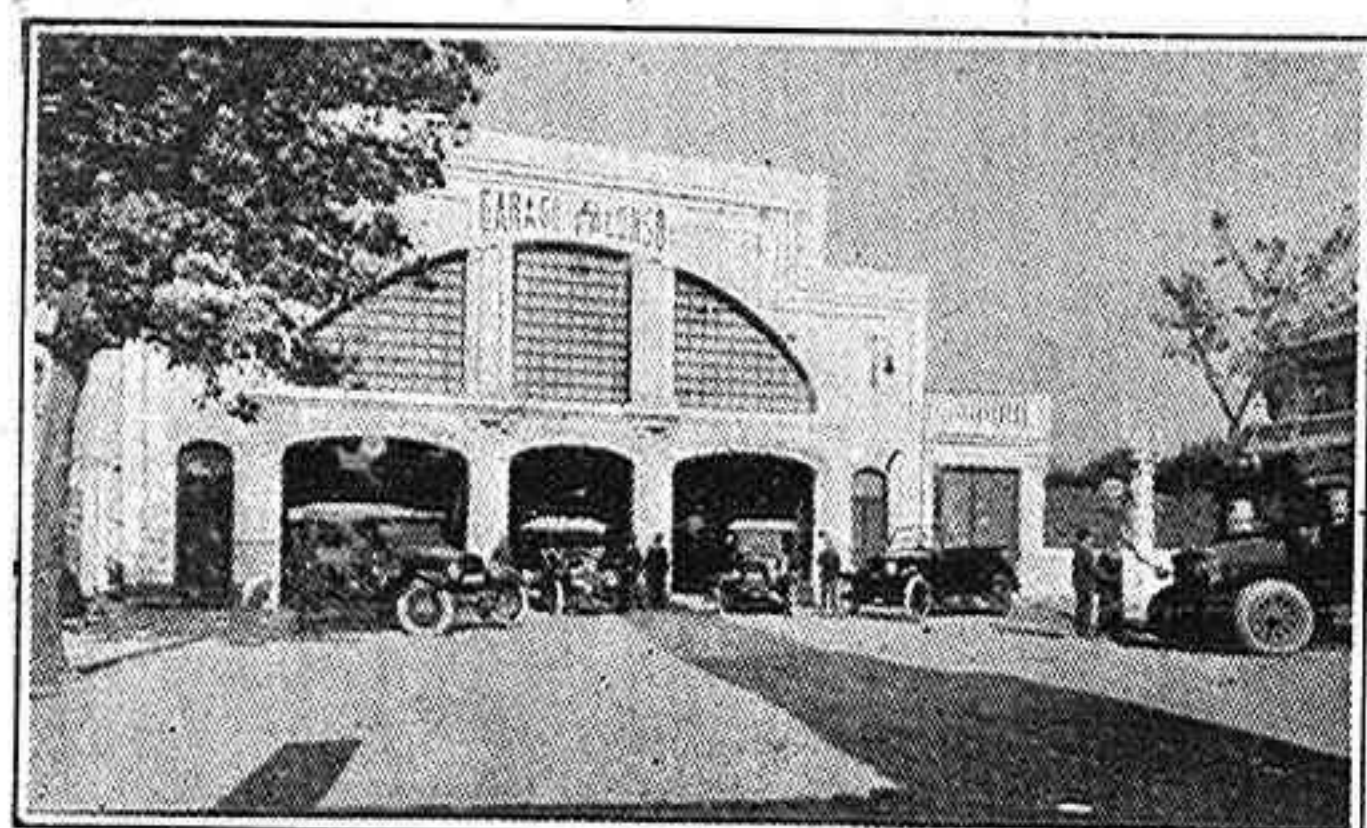
Talleres mecánicos :: Instalaciones industriales :: Astilleros



Vista parcial del magnífico Salón

GRAN SALÓN DE PELUQUERÍA
DE
VICTORIANO SANDE
La mejor instalada de Galicia
Cantón Grande, 3 y 4. - Telé.º 185
LA CORUÑA

Sala de baños, con ventilación directa de la calle. - Teléfonos público, urbano e interurbano, con cabina especial para conferencias. - Salón de limpiabotas, con todo confort. - Sala de espera, con continental. Masaje facial y rayos ultra violeta. - Sillones de porcelana, último modelo de la Casa Kokem. - Personal numeroso y discreto.



Fachada de la Casa Central

GARAGE ALONSO

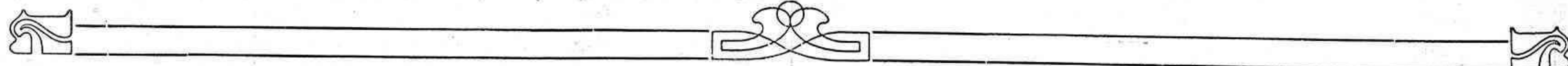
DE

ALFREDO ALONSO (S. en C.)

EL MÁS IMPORTANTE DE GALICIA

ABIERTO DE NOCHE

Juan Flórez, 55, 57 y 138 - Rosalía de Castro, 1, 3, 5 y 7 - Betanzos, 3. LA CORUÑA



P R E N S A G R Á F I C A

PUBLICA

el miércoles	MUNDO GRÁFICO	(30 céntimos ejemplar)
el viernes	NUEVO MUNDO	(50 » »)
el sábado	LA NOVELA SEMANAL	(25 » »)
el domingo	LA ESFERA	(Una peseta »)
cada mes	ELEGANCIAS	(Tres » »)



LEA USTED
EL JEFE POLÍTICO

EMOCIONANTE NOVELA PROFÉTICA

DE

“El Caballero Audaz”

donde encontrará la clave de
los actuales sucesos políticos

PEDIDOS A

“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

LEA USTED HOY

EN

La Novela Semanal
POR EL AMOR DE UNA ENFERMA

POR

ALBERTO VALERO MARTÍN

(Ilustraciones de Penagos)

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :- TRADUCCIONES

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

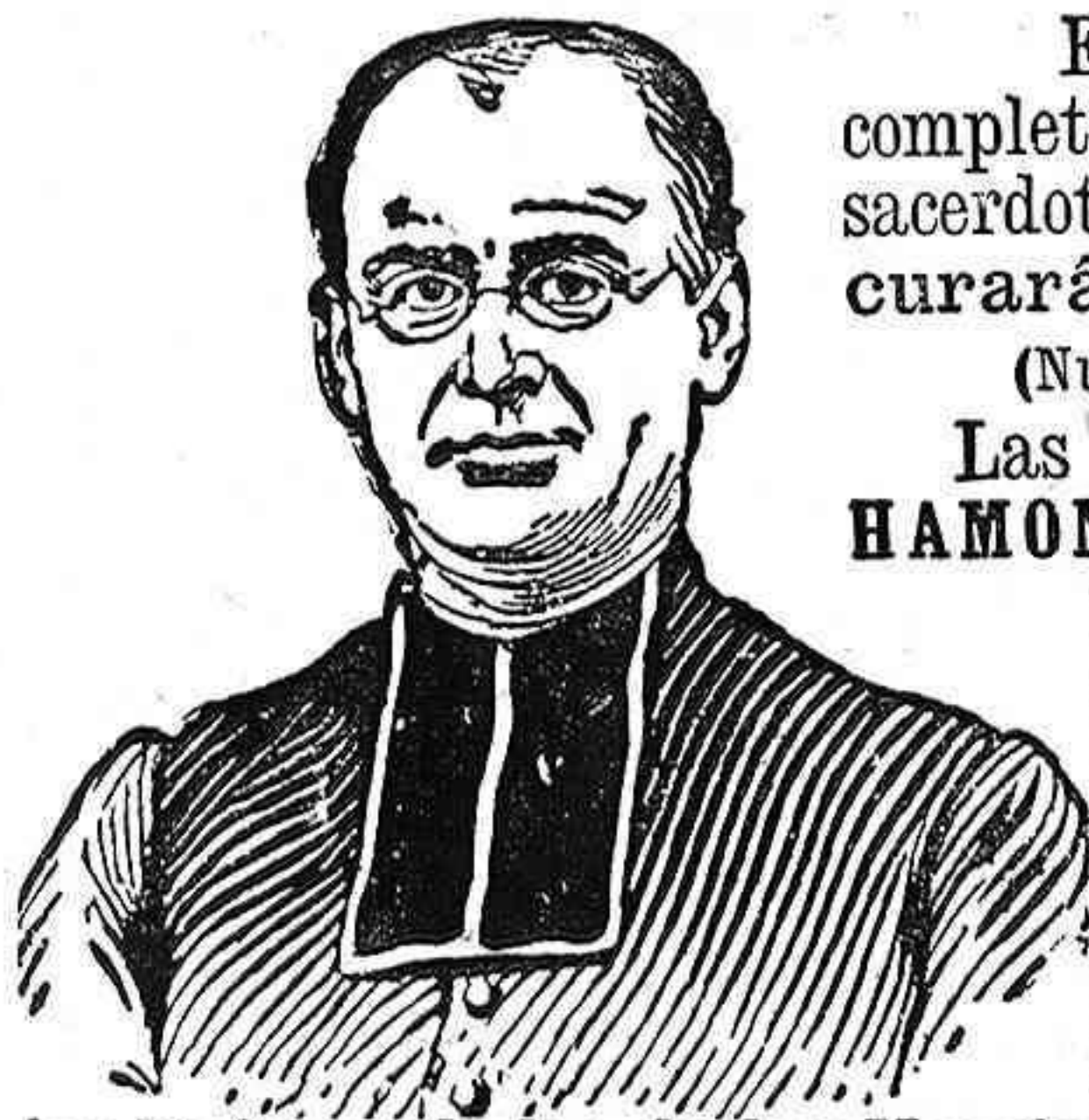
**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

**ENFERMOS
DESESPERADOS
NO DESALENTAR !...**



El maravilloso Método completamente vegetal que un sacerdote ha descubierto os curará definitivamente.

(Numerosos testimonios)

Las veinte curas del Abate **HAMON**, curan radicalmente

la Diabetes, Albuminuria, los Bronquios (Tos, Bronquitis, Asma, etc.) los Reumatismos, los Males del Estómago (calambres, malas digestiones, acidez, pesadez, etc.)

las Enfermedades de los Nervios, del Corazon (palpitaciones, etc.), de los Riñones, del Hígado, de las Vías Urinarias, de la Piel, de la Sangre, las Ulceras varicosas, las Ulceras del Estómago, el Estreñimiento, etc.

**NADA MAS
QUE PLANTAS!**

« Esta es la gran medicación que el Creador ha puesto a nuestro alcance; no busquemos otra. Dios a puesto en la naturaleza todo lo que necesitamos para alimentarnos, para vestirnos, para CURARNOS. Monseñor KNEIP.

Dirijase personalmente o por escrito a:

Laboratorios Botánicos. Sección núm. 35. Ronda San Pedro, 11, Barcelona.
Delegación para Madrid solamente: Arrieta, 13, principal.

y le será enviado gratis y franco de porte a vuelta de correo un método convincente, explicativo y completo.

¿Quiere usted enterarse de lo que es la Relatividad?
¿Quiere usted conocer estas teorías SIN ESFUERZOS, SIN DIFICULTADES, SIN CONOCIMIENTOS MATEMATICOS?

LEA USTED
la obra de Vizueté

**“Einstein y el Misterio
de los Mundos”**

La más comprensible para todos. La más clara, interesante y sugestiva de cuantas se han escrito sobre las ideas del famoso físico alemán, por su método explicativo y por las numerosas ilustraciones.

Pedidos á «Editorial Arte y Ciencia, C. A.»
San Sebastián, 2, bajo, dcha., Madrid

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1923

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de **7 ptas.** cada semestre

Para cervios é provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

HESPERIA CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Revista teosófica y poligráfica
Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de suscripción en España: 10 ptas. al año y 12 en el Extranjero. Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.



Para Viajes, Excursiones, Merce-
das, Cáceres, etc., no olvidar la
Mortadella "SIBERIA"

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA



En
Inglaterra

LA mujer inglesa, de rostro singularmente fino y delicado, sabe que los dientes bien cuidados son el complemento de su belleza.

Y a semejanza de la mujer hermosa de otros lugares, usa la crema dentífrica Colgate para limpiar sus dientes dos veces al día.

Así es como logra tener buenos dientes, buena salud y encanto personal.

Buenos dientes Buena salud

La marca "Colgate", en artículos de perfumería, es garantía de pureza, buena calidad y honradez. Establecidos en 1806.



Exija la marca
GOERZ en
todas las buenas ca-
sas de material
fotográfico

GOERZ

APARATOS FOTOGRAFICOS DE PRECISION

Adquiera Vd. un legítimo GOERZ: es el aparato definitivo que no tendrá ya que cambiar y con el cual obtendrá Vd. fotografías iguales que las mejores contenidas en esta revista

Catálogo gratis:
Casa CARANDINI - Apartado 487
BARCELONA

Representante
General de la **GOERZ**

Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia **Havas**.
Paris: 62, rue de Richelieu.
Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.



CAMION

MARCA

MAGIRUS

40 HP., cuatro á cinco toneladas de carga útil, en magnífico estado, con sus correspondientes bandajes macizos, completamente nuevos

**SE VENDE
EN CONDICIONES
DE**

VERDADERA GANGA

Puede verse en el Garage Regina
General Pardiñas, 15

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



URÉOL CHANTEAUD

54, Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

Muy eficaz
**GISTITIS, GOTA
REUMATISMO**
Enfermedades de los
RIÑONES y de la VEJIGA

UNDERWOOD



CAMPEÓN DE LAS
MÁQUINAS DE ESCRIBIR

Compañía Mecanográfica

Guillermo Trúniger, S. A.

Apartado 298. — BARCELONA. — Balmes, 7
Sucursal en Madrid: ALCALÁ, 39

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL

ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOLERA, Madrid



**DÍAZ FOTOGRAFÍA
:: DE ARTE ::**

Fernando VI, 5.—Madrid

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

IMPRESA DE TRENDA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS